EL
BAUTISMO BÍBLICO
Pacto, Conversión y Autoridad en la Iglesia
GERSY JAVIER SIMÓN RODRIGUEZ

©

© 2026

[Gersy Javier Simón Rodriguez]

Todos los derechos reservados.

Este libro está protegido por las leyes internacionales de derechos de autor. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida, almacenada en un sistema de recuperación ni transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro— sin el permiso previo y por escrito del autor, salvo breves citas con fines académicos, críticos o educativos, debidamente referenciadas.

Las citas bíblicas utilizadas en esta obra han sido tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960, salvo indicación contraria. El autor asume la responsabilidad por el énfasis exegético, histórico y teológico de las interpretaciones aquí presentadas.

Este libro ha sido escrito con fines de estudio, enseñanza e investigación teológica. Su contenido puede ser utilizado en contextos académicos, seminarios teológicos y espacios de formación cristiana, siempre que se respete la integridad del texto y se otorgue el debido crédito al autor.

Publicado de manera independiente.

Edición digital: Amazon Kindle

Primera edición: 2026

País de publicación: Cuba

Indice

Introducción

Parte I

Capítulo 1-Juan el Bautista: El inicio del bautismo en el Nuevo Pacto

Capítulo 2-El Bautismo de Jesús: Cumpliendo toda justicia

Capítulo 3-El Bautismo con el Espíritu Santo: La realidad interna del Nuevo Pacto

Capítulo 4-La institución del bautismo cristiano en la Gran Comisión

Parte II

Capítulo 5-El patrón bíblico del bautismo en la iglesia apostólica

La autoridad para administrar y aprobar el bautismo

Capítulo 6-El significado del bautismo cristiano

El bautismo como señal del pacto de gracia

El bautismo como compromiso de una nueva vida

Capítulo 7-¿Quiénes deben ser bautizados?

La relación entre el arrepentimiento, la fe y el bautismo

El peligro de separar el bautismo de la conversión

Parte III

Capítulo 8-El modo del bautismo: ¿inmersión o aspersión?

Capítulo 9-El bautismo en la historia de la iglesia

Parte IV

Capítulo 10- El bautismo y la incorporación a la iglesia visible

Capítulo 11- La forma del bautismo en el Nuevo Testamento

Capítulo 12- El significado espiritual del bautismo

Parte V

Capítulo 13-El llamado final a la obediencia del evangelio

Capítulo 14-La fe que obedece: el verdadero significado de creer en Cristo

Conclusiones generales

Nota final

Bibliografía

Sobre el autor

Agradecimientos

Doy gracias únicamente a Dios,

Padre, Hijo y Espíritu Santo,

de quien, por quien y para quien son todas las cosas.

A Él, que en su gracia sostiene a su Iglesia en medio de la historia,

que concede luz para comprender su Palabra

y fidelidad para dar testimonio de la verdad,

sea todo el honor y la gloria.

Este trabajo es fruto de su misericordia,

de su paciencia al enseñar

y de su soberana voluntad,

pues sin Él nada puede ser entendido, escrito ni proclamado para edificación.

A Dios solo sea la gloria.

Dedicatoria

A la iglesia de Jesucristo, para su edificación y fortalecimiento en la verdad de la Palabra de Dios.

A los pastores y maestros que, con fidelidad y amor, sirven al pueblo del Señor y administran las ordenanzas que Él estableció**, cumpliendo así el propósito de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio y para la edificación del cuerpo de Cristo (Efesios 4:11–12)**

Y de manera especial, a los nuevos creyentes que desean confesar públicamente su fe en Jesucristo delante de su congregación y del mundo mediante el bautismo, obedeciendo el mandato que nuestro Señor dejó a sus discípulos:

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19).

Que esta obra sirva como una invitación a conocer con mayor claridad la enseñanza de las Escrituras y a responder al evangelio con una fe sincera y obediente.

Introducción

Volver a las aguas con reverencia

Pocas prácticas en la iglesia contemporánea han sido tan repetidas y, al mismo tiempo, tan poco comprendidas como el bautismo. Se celebra con gozo, se fotografía con emoción, se recuerda como un momento especial; pero rara vez se medita con la profundidad bíblica que merece. Para algunos se ha convertido en un simple rito de iniciación; para otros, en una declaración pública sin mayor trascendencia espiritual; y para no pocos, en una tradición heredada que apenas se cuestiona. Sin embargo, cuando abrimos las Escrituras, descubrimos que el bautismo no es un detalle periférico en la vida cristiana. No es una ceremonia opcional ni un símbolo vacío. Es una orden directa del Señor Jesucristo, dada con autoridad universal (Mateo 28:18-20), y practicada con solemnidad por la iglesia apostólica desde sus primeros días (Hechos de los Apóstoles 2:38-41). El bautismo se sitúa en la intersección entre el arrepentimiento y la fe, entre la obra invisible del Espíritu y la confesión visible del creyente, entre el pacto eterno de Dios y la historia concreta de una persona transformada por la gracia. Este libro nace de una preocupación pastoral: hemos trivializado aquello que el cielo toma con seriedad. En muchos contextos el bautismo se administra con ligereza; en otros, se retrasa innecesariamente; en algunos, se politiza; y en no pocos casos, se desconecta de la realidad espiritual que debe representar. Cuando el símbolo se separa de la sustancia, la iglesia se debilita. Pero el problema no es nuevo. Ya en los días de Juan el Bautista, multitudes acudían a las aguas sin fruto digno de arrepentimiento. Y su respuesta fue clara: el agua sin transformación no honra a Dios. El bautismo, desde su inicio en el Nuevo Pacto, estuvo ligado inseparablemente al arrepentimiento genuino y a la obra del Espíritu Santo. Desde una perspectiva reformada, entendemos que el bautismo es una señal y sello del pacto de gracia. No regenera por sí mismo, pero tampoco es una mera formalidad. Es una marca visible de pertenencia al pueblo de Dios, un medio ordinario que apunta a una realidad extraordinaria: la unión del creyente con Cristo en su muerte y resurrección (Romanos 6:3-4, Colosencses 2:12) Reflexionar sobre el bautismo es reflexionar sobre la naturaleza de la iglesia. Es preguntarnos quiénes deben recibirlo, qué debe precederlo, quién tiene autoridad para administrarlo y qué representa realmente ante Dios y ante los hombres. Es también examinar si hemos reducido lo santo a lo rutinario. Este libro no pretende alimentar polémicas innecesarias, pero tampoco evitar las preguntas difíciles. Nuestro deseo es volver a las Escrituras con humildad, permitir que ellas definan nuestra práctica, y recuperar la reverencia por aquello que Cristo instituyó.Volver al bautismo bíblico es volver a la seriedad del arrepentimiento, a la centralidad del evangelio, y a la pureza de la iglesia visible.

Capítulo 1-Juan el Bautista: El inicio del bautismo en el Nuevo Pacto

El bautismo, tal como lo encontramos en el Nuevo Testamento, no surge en el vacío ni aparece como una innovación desconectada de la historia redentora. Dios, que obra conforme a su pacto y a sus promesas eternas, preparó el escenario durante siglos antes de que las aguas del Jordán fueran agitadas por multitudes arrepentidas. Los profetas habían anunciado una voz que clamaría en el desierto, preparando camino para el Señor (Isaías 40:3), y también habían declarado con claridad que Dios enviaría a su mensajero para preparar delante de Él el camino (Malaquías 3:1). Esta promesa no quedó suspendida en el tiempo ni fue meramente simbólica; encontró su cumplimiento concreto en la persona y el ministerio de Juan el Bautista. Los cuatro evangelios presentan a Juan explícitamente como el cumplimiento de esa voz profética. Mateo cita directamente a Isaías para identificarlo como "la voz que clama en el desierto" (Mateo 3:3). Marcos abre su relato uniendo las profecías y declarando que en Juan se cumple el envío del mensajero delante del Señor (Marcos 1:2-3). Lucas reafirma esta misma conexión (Lucas 3:4-6). Y Juan presenta al Bautista negando ser el Cristo y afirmando claramente: "Yo soy la voz de uno que clama en el desierto" (Juan 1:23). Así, la Escritura entera converge en un punto: Juan no es el centro, sino el heraldo; no es la luz, sino quien da testimonio de la luz (Juan 1:6-8). El evangelio según Lucas ofrece además un testimonio particularmente detallado sobre su origen y misión. Allí se nos narra el anuncio angelical de su nacimiento (Lucas 1:13-17), donde se declara que iría "con el espíritu y el poder de Elías", preparando al pueblo para el Señor lo que cumple con la profecía anunciada por Malaquías (Malaquías 4:5-6). Su nacimiento es presentado como intervención soberana de Dios (Lucas 1:57-80), y su crecimiento en el desierto anticipa su llamado profético (Lucas 1:80). Más adelante, Lucas sitúa históricamente el inicio de su ministerio bajo autoridades concretas (Lucas 3:1-2), subrayando que no se trata de mito religioso, sino de irrupción divina en la historia real. Cuando finalmente aparece Juan en el desierto de Judea, no lo hace como un reformador aislado ni como un líder espontáneo surgido del fervor popular. Aparece como el mensajero prometido, el cumplimiento de la palabra profética, el heraldo que antecede la manifestación del Señor. Preparar el camino no significaba allanar carreteras físicas, sino confrontar corazones endurecidos. Significaba llamar al arrepentimiento, derribar el orgullo religioso y nivelar el terreno espiritual para la llegada del Rey. El mensaje de Juan era claro, directo y penetrante: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mateo 3:2). Lucas amplía esta proclamación afirmando que predicaba "el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados" (Lucas 3:3). No era un ritual vacío ni una simple señal de identidad religiosa; era una declaración pública de arrepentimiento frente a la cercanía del Rey. Las aguas del Jordán no conferían regeneración automática, pero sí exigían una confesión sincera y una transformación visible. Juan confrontó con severidad a quienes pretendían apoyarse en su linaje religioso (Lucas 3:7-9), recordándoles que Dios demanda frutos dignos de arrepentimiento y no meras apariencias externas. Lucas también preserva las exhortaciones prácticas de Juan (Lucas 3:10-14), mostrando que el arrepentimiento genuino produce cambios concretos en la vida diaria: justicia, generosidad e integridad. Desde su inicio, el bautismo estuvo ligado inseparablemente a una realidad moral y espiritual. Aquí encontramos una verdad fundamental que debe gobernar toda nuestra reflexión posterior: el bautismo bíblico no puede separarse del arrepentimiento genuino. En la perspectiva reformada, entendemos que el agua no produce la gracia, sino que señala la gracia; no crea la fe, sino que la confiesa; no regenera el corazón, sino que representa la obra regeneradora del Espíritu. Juan mismo declaró

que su bautismo era preparatorio, provisional, inferior al que vendría: “Yo a la verdad os bautizo en agua… pero viene uno más poderoso que yo… él os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Lucas 3:16). Así, desde el comienzo se establece una distinción crucial entre el signo externo y la obra interna. El ministerio de Juan también expone el peligro permanente de la religión sin conversión. Multitudes acudían a él (Lucas 3:21), pero no todos poseían un corazón transformado. Esta tensión entre profesión externa y realidad interna acompañará a la iglesia a lo largo de la historia y nos obligará a reflexionar cuidadosamente sobre cómo administrar el bautismo en nuestros días. Si el precursor del Mesías exigía evidencia de arrepentimiento antes de sumergir en las aguas, ¿cómo podría la iglesia del Cristo resucitado proceder con menor discernimiento? Juan el Bautista, entonces, no solo inaugura una práctica; inaugura un principio: el bautismo pertenece al contexto del reino de Dios y está inseparablemente unido al llamado a volverse del pecado y esperar al Salvador. Con él comienza la era en que el símbolo señala directamente al Cordero que quita el pecado del mundo. Comprender su ministerio es colocar el fundamento correcto para todo lo que diremos acerca del bautismo cristiano.

Capítulo 2-El Bautismo de Jesús: Cumpliendo toda justicia

Si el ministerio de Juan preparó el camino, el bautismo de Jesús inaugura formalmente la manifestación del Rey. Las aguas que antes recibían pecadores arrepentidos ahora reciben al Cordero sin mancha. Este momento no es incidental; es profundamente teológico, revelador y determinante para comprender el significado del bautismo cristiano. Los evangelios registran este acontecimiento con solemnidad. Mateo relata cómo Jesús vino desde Galilea al Jordán para ser bautizado por Juan (Mateo 3:13-17). Marcos presenta la escena con sobriedad y fuerza (Marcos 1:9-11). Lucas añade el detalle de que, mientras Jesús oraba, el cielo se abrió (Lucas 3:21-22). Y Juan enfatiza el testimonio del Bautista, quien vio al Espíritu descender como paloma (Juan 1:29-34). Cuatro voces inspiradas nos conducen al mismo punto: este no fue un bautismo más, fue una revelación divina. La primera pregunta que surge es inevitable: ¿por qué se bautiza Jesús si no tiene pecado? Juan mismo intentó impedírselo, reconociendo su propia indignidad. Pero la respuesta del Señor establece el principio que ilumina el evento: "Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia" (Mateo 3:15). Cumplir toda justicia no significa que Jesús necesitara arrepentirse; significa que debía someterse plenamente al designio eterno del Padre. En su bautismo, Cristo no confiesa pecados propios, sino que actúa en obediencia perfecta. Es un acto de sumisión voluntaria al plan divino. Aquel que no conoció pecado comienza públicamente el camino que el Padre le trazó desde la eternidad. Aquí vemos algo glorioso: el bautismo de Jesús anticipa la cruz. Las aguas del Jordán apuntan hacia el juicio que Él soportará. Su descenso al agua prefigura su descenso a la muerte; su salida del agua anticipa la resurrección. Lo que en nosotros simboliza nuestra unión con Cristo (Romanos 6:3-4), en Él simboliza su obediencia perfecta dentro del propósito redentor establecido por el Padre. No es un compromiso nacido de iniciativa humana, sino la ejecución fiel de la voluntad soberana de Dios. Además, este evento marca una revelación trinitaria sin precedentes. El Hijo está en las aguas, el Espíritu desciende en forma corporal como paloma, y la voz del Padre declara desde el cielo: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia" (Mateo 3:17). El bautismo cristiano posterior será administrado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, pero aquí vemos esa realidad manifestada visiblemente. El ministerio público de Cristo comienza bajo la aprobación explícita del Padre y la unción del Espíritu. El bautismo de Jesús también señala el fin del ministerio preparatorio de Juan. El heraldo ha cumplido su función; el Rey ha llegado. Desde este momento, el enfoque ya no está en la preparación, sino en la proclamación del reino encarnado en la persona de Cristo. Desde una perspectiva reformada, este acontecimiento nos enseña que el bautismo no es primariamente acerca del hombre, sino acerca de la obra de Dios. No comienza con nuestra decisión, sino con la iniciativa divina. Antes de que nosotros descendamos a las aguas, Cristo descendió primero en obediencia perfecta al Padre. Antes de que nosotros confesemos su nombre, Él ya había manifestado su perfecta sumisión a la voluntad divina. Al contemplar el bautismo de Jesús, la iglesia es llamada a reverencia. No estamos tratando con un rito vacío, sino con una señal que fue dignificada por el mismo Señor. Si el Hijo eterno consideró apropiado someterse a este acto para cumplir la voluntad del Padre, ¿con qué ligereza podríamos nosotros tratarlo? El Jordán nos recuerda que el evangelio no comienza con nuestra confesión, sino con la obediencia perfecta de Cristo al Padre. Y todo bautismo cristiano, correctamente entendido, es un eco de esa obediencia santa y soberana.

Capítulo 3-El Bautismo con el Espíritu Santo: La realidad interna del Nuevo Pacto

Si el bautismo de Juan fue preparatorio y el bautismo de Jesús fue una manifestación de obediencia perfecta al Padre, el bautismo con el Espíritu Santo constituye la realidad espiritual que da sentido pleno al bautismo cristiano. Sin esta obra interna, el agua permanece como señal externa sin sustancia; con ella, el símbolo apunta a una transformación verdadera y soberana. Juan mismo estableció esta distinción cuando declaró: "Yo a la verdad os bautizo en agua… pero él os bautizará en Espíritu Santo" (Mateo 3:11). Aquí no se trata simplemente de dos formas distintas de bautismo, sino de dos niveles de realidad: el externo y el interno, el visible y el invisible, el preparatorio y el definitivo. El agua podía señalar arrepentimiento; solo el Espíritu puede producir vida. Antes de su ascensión, el Señor reiteró esta promesa a sus discípulos: "seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días" (Hechos de los Apóstoles 1:5). Esta promesa encuentra su cumplimiento histórico en Pentecostés (Hechos 2), evento irrepetible en su dimensión redentivo-histórica, donde Cristo, exaltado a la diestra del Padre, derrama el Espíritu sobre su iglesia. Allí no solo nace la comunidad visible del Nuevo Pacto, sino que se inaugura la era del Espíritu. Sin embargo, desde una perspectiva doctrinal reformada, debemos ir más allá del evento histórico y preguntar: ¿qué es, en esencia, el bautismo del Espíritu? La respuesta apostólica es clara: "Por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo" (1 Corintios 12:13). El bautismo del Espíritu es la obra soberana mediante la cual el creyente es unido a Cristo e incorporado a su cuerpo. No es primariamente una experiencia emocional ni una segunda bendición posterior a la conversión, sino el acto divino que ocurre en el momento mismo en que el pecador es regenerado y cree. Aquí tocamos el corazón de la doctrina. El bautismo del Espíritu coincide con la obra interna mediante la cual Dios concede fe al pecador. La salvación es por gracia, por medio de la fe, y esto no procede del hombre, sino que es don de Dios (Efesios 2:8-9). Cuando el Señor otorga esa fe salvadora, el Espíritu aplica eficazmente la obra de Cristo al corazón, produciendo vida donde había muerte. No hay creyente verdadero que no haya sido bautizado por el Espíritu, porque no hay fe genuina sin la operación previa y soberana del Espíritu Santo. Además, la Escritura enseña que al creer somos sellados con el Espíritu Santo de la promesa (Efesios 1:13). Este sello no es un acto separado de la conversión, sino su confirmación divina. El Espíritu mismo es las arras, el adelanto o garantía de nuestra herencia como hijos de Dios. El bautismo del Espíritu, por tanto, no solo nos une a Cristo, sino que marca nuestra pertenencia irrevocable al pacto de gracia. La regeneración misma es atribuida a la obra misericordiosa de Dios "por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo" (Tito 3:5). No somos regenerados por decisión humana ni por rito externo, sino por la acción soberana del Espíritu aplicada por gracia. Así, el bautismo del Espíritu, la concesión de la fe, la regeneración y el sellamiento no deben fragmentarse como experiencias aisladas, sino entenderse como dimensiones de una misma obra salvadora que Dios realiza en el momento de la conversión. Esto tiene profundas implicaciones. Si el bautismo del Espíritu es la incorporación real al cuerpo de Cristo, y si ocurre cuando Dios concede fe y regenera al pecador, entonces el bautismo en agua no crea esa unión; la confiesa. No la produce; la simboliza. No la garantiza automáticamente; la representa visiblemente ante la iglesia. La realidad invisible precede al signo visible. Además, esta doctrina protege a la iglesia de dos errores opuestos. Por un lado, evita el sacramentalismo que atribuye al agua poder regenerador automático. Por otro, corrige la tendencia a convertir el bautismo del Espíritu en una experiencia

posterior reservada para creyentes “más espirituales”. La Escritura afirma que todos los que creen han sido bautizados en un cuerpo (1 Corintios 12:13). La universalidad aquí no es potencial, sino real dentro del pueblo redimido. En el marco del Nuevo Pacto, el Espíritu no solo visita; habita. No solo inspira; transforma. El bautismo del Espíritu marca el inicio de la vida cristiana, no su perfección final. Es el punto de partida de la santificación progresiva y la garantía de nuestra adopción como hijos de Dios. Por tanto, cuando la iglesia administra el bautismo en agua, debe hacerlo con profunda conciencia de esta verdad: el agua no crea hijos de Dios; el Espíritu sí. El agua no une al creyente a Cristo; el Espíritu sí. El agua no introduce en el cuerpo místico; el Espíritu sí. El sacramento visible debe estar en armonía con la realidad invisible que solo Dios puede producir. Así, el orden divino es claro: primero la obra soberana del Espíritu en el corazón, concediendo fe, regenerando y sellando; luego la señal visible en la comunidad. El bautismo cristiano correctamente entendido es una confesión pública de una obra privada ya realizada por Dios. Sin el Espíritu, el agua es solo agua. Con el Espíritu, el bautismo se convierte en proclamación de la gracia eficaz del Señor. Te invito entonces a una reflexión personal y sincera: al contemplar tu bautismo, ¿puedes reconocer la obra del Espíritu en tu vida, la fe que Él concedió, la regeneración que operó y el sello que te marca como hijo de Dios? ¿Cómo se manifiesta hoy esa obra en tu caminar diario? La Escritura nos enseña que la presencia del Espíritu no permanece oculta ni estéril. Donde el Espíritu habita, produce fruto. El apóstol declara que “el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio” (Gálatas 5:22-23). Estas virtudes no nacen de la naturaleza humana caída, sino de la obra transformadora del Espíritu en el corazón regenerado. Por eso el creyente es llamado a examinar su vida a la luz de esta realidad. Aquellos que pertenecen a Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Y si vivimos por el Espíritu, también debemos andar por el Espíritu (Gálatas 5:24-25). De esta manera, la vida cristiana se convierte en una evidencia continua de la obra que Dios inició soberanamente en nosotros. Así, el bautismo que un día fue confesado públicamente encuentra su confirmación diaria en una vida transformada. No se trata solo de recordar un acto pasado, sino de vivir constantemente bajo la dirección del Espíritu que nos unió a Cristo y nos conduce en el camino de la santidad.

Capítulo 4-La institución del bautismo cristiano en la Gran Comisión

Después de considerar la obra interna del Espíritu Santo en la regeneración y en la unión del creyente con Cristo, es necesario dirigir nuestra atención al momento en que el Señor establece formalmente el bautismo como práctica permanente para su iglesia. Si el Espíritu produce la realidad invisible de la salvación, Cristo mismo ordena el signo visible mediante el cual esa obra es confesada públicamente dentro de la comunidad de los redimidos. Este mandato no nace de la tradición eclesiástica ni de una costumbre religiosa desarrollada con el tiempo, sino de la autoridad directa del Señor resucitado. Al final de su ministerio terrenal, después de haber vencido la muerte y consumado la obra de la redención, el Señor reunió a sus discípulos y les dio un mandato que marcaría la misión de la iglesia a lo largo de todas las generaciones. La Escritura registra sus palabras de esta manera: "Toda autoridad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mateo 28:18). Con esta declaración, Cristo no solo afirma su victoria sobre la muerte, sino que se presenta como el Rey soberano que gobierna sobre toda la creación. La misión de la iglesia, por lo tanto, no se fundamenta en iniciativa humana, sino en la autoridad universal del Hijo de Dios. A partir de esa autoridad absoluta, el Señor pronuncia el mandato central de la Gran Comisión: "Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado" (Mateo 28:19-20). En estas palabras se encuentra la institución clara del bautismo cristiano. El bautismo aparece aquí inseparablemente unido a la misión de hacer discípulos. No es un rito aislado ni una ceremonia vacía, sino parte del proceso mediante el cual aquellos que han llegado a la fe en Cristo son públicamente identificados como sus seguidores. El orden del mandato del Señor revela una progresión importante para comprender correctamente el lugar del bautismo dentro de la vida cristiana. Primero está la proclamación del evangelio que llama a las personas al arrepentimiento y a la fe; luego está el discipulado que forma creyentes verdaderos; y dentro de ese proceso aparece el bautismo como la señal visible mediante la cual el creyente confiesa públicamente su fe y su identificación con Cristo delante de la iglesia. De esta manera, el bautismo no es presentado como un acto que produce fe, sino como una confesión pública de aquellos que han sido alcanzados por la gracia de Dios. Además, el Señor establece que el bautismo debe realizarse "en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (Mateo 28:19). Esta fórmula trinitaria revela que el bautismo cristiano está profundamente arraigado en la identidad misma de Dios. Ser bautizado en ese nombre significa ser identificado con el Dios trino que ha obrado la salvación: el Padre que en su amor eterno escogió y envió al Hijo, el Hijo que redimió a su pueblo mediante su sacrificio, y el Espíritu Santo que aplica eficazmente esa obra en el corazón de los creyentes. De este modo, el bautismo no solo declara la fe del creyente, sino también proclama la obra completa del Dios trino en la salvación. Cada bautismo se convierte así en un testimonio público de la gracia divina, recordando que la redención no es el resultado del esfuerzo humano, sino la obra soberana de Dios desde el principio hasta el fin. Sin embargo, el mandato del Señor no termina en el bautismo. Cristo añade inmediatamente la responsabilidad de enseñar a los discípulos a guardar todo lo que Él ha mandado (Mateo 28:20). Esto nos recuerda que el bautismo no representa la culminación de la vida cristiana, sino su comienzo visible dentro de la comunidad de fe. Aquellos que son bautizados son llamados a caminar en obediencia, creciendo continuamente en el conocimiento de Cristo y en la práctica de su palabra. Así, el bautismo se encuentra en el corazón de la misión de la iglesia. Surge de la autoridad del Cristo resucitado, se administra en el nombre del Dios trino y se integra dentro del

proceso de formar discípulos que vivan bajo el señorío de Cristo. La iglesia no bautiza porque lo considere una tradición valiosa, sino porque su Señor lo ha ordenado como parte esencial de la proclamación del evangelio y de la formación de su pueblo. La iglesia primitiva comprendió claramente este mandato y lo obedeció desde el inicio de su misión. En el testimonio del libro de Hechos de los Apóstoles podemos observar cómo los apóstoles proclamaban el evangelio, llamaban a los oyentes al arrepentimiento y a la fe, y posteriormente administraban el bautismo como la señal pública de aquellos que habían creído en Cristo. De esta manera, el bautismo comenzó a ocupar su lugar visible dentro de la vida de la iglesia, no como una tradición añadida posteriormente, sino como una obediencia directa al mandato del Señor resucitado. Será precisamente en el testimonio de la iglesia apostólica donde podremos observar con mayor claridad cómo este mandato fue aplicado en la práctica. Allí veremos cómo la proclamación del evangelio, la fe en Cristo y el bautismo aparecen unidos dentro del mismo movimiento de la obra de Dios en medio de su pueblo. De esta forma, el estudio del bautismo en la iglesia primitiva nos permitirá comprender con mayor profundidad cómo debe ser entendido y practicado dentro de la vida de la iglesia hasta nuestros días.

Capítulo 5-El patrón bíblico del bautismo en la iglesia apostólica

Al observar el desarrollo del bautismo en las Escrituras, no solo debemos considerar su significado doctrinal, sino también la manera en que fue practicado en la iglesia primitiva. El libro de los Hechos de los Apóstoles nos ofrece un testimonio claro de cómo la iglesia apostólica aplicó el mandato del Señor Jesucristo respecto al bautismo. Allí encontramos un patrón consistente que muestra la relación entre la proclamación del evangelio, la obra del Espíritu Santo en el corazón del hombre y la respuesta visible de fe que culmina en el bautismo. La práctica apostólica, por lo tanto, se convierte en guía para comprender cómo la iglesia debe proceder también en nuestros días. Todo comienza con la proclamación fiel del evangelio. La iglesia primitiva no separaba el bautismo de la predicación de la Palabra. Primero se anunciaba la obra redentora de Cristo, y mediante esa proclamación el Espíritu Santo obraba en el corazón de aquellos a quienes Dios llamaba eficazmente. Este principio se observa claramente el día de Pentecostés, cuando el apóstol Pedro predicó acerca de Cristo crucificado y resucitado. Al ser confrontados por la verdad del evangelio, muchos fueron compungidos de corazón y preguntaron qué debían hacer. La respuesta apostólica fue clara: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados” (Hechos 2:38-41). Así, aquellos que recibieron la palabra fueron bautizados, y en ese mismo día fueron añadidas a la iglesia miles de personas. Este mismo patrón se repite en otros episodios del libro de los Hechos. Cuando el evangelio fue anunciado al eunuco etíope por medio de Felipe, y éste comprendió el mensaje acerca de Jesucristo, al llegar a un lugar donde había agua expresó su deseo de ser bautizado con la pregunta: “Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?” (Hechos 8:36). Esta pregunta no fue la expresión de una simple curiosidad religiosa, sino el resultado de haber entendido el evangelio y haber creído en Cristo. Entonces descendieron ambos al agua, y Felipe lo bautizó, mostrando que el bautismo seguía a la fe como una confesión pública de la obra que Dios ya había realizado en el corazón del creyente (Hechos 8:36-38). De manera semejante, cuando el evangelio llegó a la casa de Cornelio, el Espíritu Santo descendió sobre aquellos que escuchaban la palabra, confirmando que Dios había obrado en sus corazones concediéndoles fe y arrepentimiento. Al ver esta evidencia de la gracia de Dios, Pedro preguntó: “¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?” y ordenó que fueran bautizados en el nombre del Señor (Hechos 10:47-48). Así, el bautismo fue administrado como respuesta visible a la obra espiritual que Dios ya había realizado en ellos. El patrón se repite también en Europa, a través del ministerio del apóstol Pablo. En la ciudad de Filipos, el Señor abrió el corazón de Lidia para que atendiera al mensaje predicado, y después de creer fue bautizada junto con los de su casa (Hechos 16:14-15). Más adelante, el carcelero de Filipos, profundamente conmovido por el poder de Dios, preguntó qué debía hacer para ser salvo. La respuesta fue sencilla y directa: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”. Después de escuchar la palabra, él y todos los suyos fueron bautizados aquella misma noche (Hechos 16:30-33). Al reunir estos testimonios bíblicos, podemos reconocer un patrón claro en la práctica de la iglesia apostólica: primero se proclamaba el evangelio de Cristo; luego el Espíritu Santo concedía fe y arrepentimiento; posteriormente los creyentes confesaban su fe y eran bautizados; y finalmente eran incorporados visiblemente a la comunidad de la iglesia. De esta manera, el bautismo aparecía como la respuesta pública de fe mediante la cual el creyente se identifica con Cristo y es reconocido como parte del pueblo de Dios. Este patrón armoniza con el mandato del Señor antes de su ascensión, cuando envió a sus discípulos a hacer

discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mateo 28:19-20). Por lo tanto, el bautismo no es un acto aislado ni ceremonial, sino parte del proceso mediante el cual los nuevos creyentes son instruidos, identificados con Cristo y recibidos dentro de la vida visible de la iglesia. Comprender este patrón apostólico es de gran importancia para la iglesia actual. En tiempos en los que muchas prácticas religiosas pueden desviarse de la sencillez de las Escrituras, volver a observar cómo actuaron los apóstoles nos ayuda a mantenernos fieles al diseño establecido por Dios. El bautismo debe conservar su lugar dentro del orden bíblico: no como un medio de salvación, sino como señal visible que sigue a la fe y proclama públicamente la obra de gracia que Dios ha realizado en el corazón del creyente.

La autoridad para administrar y aprobar el bautismo

Al observar la práctica de la iglesia primitiva, notamos un principio claro: el bautismo no dependía de la aprobación de la congregación ni de personas externas a la autoridad ministerial. En todos los casos registrados en Hechos, quienes administraban y aprobaban el bautismo eran los apóstoles o ministros del evangelio que Dios había llamado y comisionado. Por ejemplo, Pedro, al ver la obra del Espíritu Santo en la casa de Cornelio, preguntó: "¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?" y ordenó que fueran bautizados (Hechos 10:47-48). De manera semejante, Felipe bautizó al eunuco etíope inmediatamente después de que éste confesara su fe, sin necesidad de consultar a nadie más (Hechos 8:36-38). Incluso Apolos, instruido en el camino del Señor y enseñando con fidelidad (Hechos 18:24-26), había administrado bautismos a algunos creyentes. Esto se deduce de lo que Pablo menciona en 1 Corintios 1:12–15: "Oigo que hay entre vosotros contiendas; cada uno dice: 'Yo soy de Pablo', 'Yo soy de Apolos', 'Yo soy de Cefas', 'Yo soy de Cristo'. ¿Acaso Cristo está dividido?" Pablo aclara que él no había bautizado a la mayoría, sino que Apolos y Cefas también habían bautizado. Sin embargo, los creyentes se identificaron con ellos por error, creyendo que su bautismo los vinculaba a un ministro específico, cuando en realidad el bautismo es una identificación con Cristo y con la obra de gracia que Dios realiza en el corazón del creyente. Estas narraciones muestran que la autoridad para reconocer y administrar el bautismo estaba delegada por Dios a quienes Él llamó al ministerio, y no dependía de la aprobación de cualquier miembro de la congregación. Hoy, esta autoridad continúa en pastores y maestros llamados y capacitados por Dios para guiar a la iglesia según la Escritura (Efesios 4:11-12; Hebreos 13:17). Un ejemplo adicional aparece en 1 Corintios 1:14–15: "Doy gracias a Dios de que a ninguno de vosotros he bautizado, sino a Crispo y a Gayo", mostrando que el ministerio del bautismo debía ejercerse con discernimiento y bajo la autoridad de quienes Dios había llamado. Este principio se repite en otros episodios de Hechos: en Pentecostés, miles fueron añadidos a la iglesia luego de la predicación y su bautismo (Hechos 2:41), y en Filipos, el carcelero y su familia fueron bautizados inmediatamente después de recibir la palabra y creer (Hechos 16:30-33). Todos estos ejemplos confirman que el bautismo siempre estaba vinculado a la fe y al ministerio autorizado por Dios, y nunca como un ritual vacío ni un acto condicionado a la aprobación de terceros. En resumen, la práctica de la iglesia apostólica nos enseña que el bautismo es una ordenanza administrada bajo autoridad espiritual, como testimonio público de la obra de gracia que Dios realiza en el corazón del creyente. Esta autoridad perdura hoy en los pastores y maestros llamados por Dios, quienes continúan ejerciendo su papel de guía y supervisión, asegurando que el bautismo se administre conforme al patrón establecido por Cristo y sus apóstoles.

Reflexión para el lector:

A la luz de este patrón apostólico, te invito a preguntarte: ¿Estamos respetando la autoridad que Dios ha establecido en la iglesia al administrar el bautismo? ¿Reconocemos que esta ordenanza es un testimonio público de la obra invisible del Espíritu en la vida de los creyentes, y no un acto condicionado a la opinión o aprobación de la multitud? Meditar en esto nos ayuda a mantener la fidelidad al diseño de Cristo para su iglesia.

Capítulo 6-El significado del bautismo cristiano

Después de observar el patrón apostólico en la iglesia primitiva, surge una pregunta esencial: ¿qué significa realmente el bautismo cristiano? Comprender su significado es indispensable para evitar dos errores que han acompañado a la iglesia a lo largo de la historia. Por un lado, está el peligro de atribuir al bautismo un poder que la Escritura nunca le concede, como si el agua tuviera en sí misma la capacidad de regenerar el corazón humano. Por otro lado, existe el riesgo opuesto de reducirlo a un simple símbolo religioso sin peso espiritual ni importancia para la vida de la iglesia. La enseñanza bíblica nos conduce por un camino más profundo y equilibrado. El bautismo cristiano es una señal visible que proclama una realidad espiritual invisible. No crea la obra de Dios en el corazón del creyente, pero la representa públicamente delante de la iglesia y del mundo. Es un testimonio visible de la gracia salvadora de Dios que ya ha comenzado a operar en la vida de quien cree. Para comprender su significado, debemos mirar cuidadosamente a la enseñanza apostólica. El apóstol Pablo explica el simbolismo del bautismo con palabras profundamente reveladoras cuando escribe: "¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con Él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva" (Romanos 6:3-4). En este pasaje el bautismo aparece como una representación visible de la unión espiritual del creyente con Cristo. La muerte, sepultura y resurrección de Jesús constituyen el centro del evangelio, y el bautismo señala precisamente esa realidad. Cuando el creyente desciende a las aguas, el acto simboliza su identificación con la muerte de Cristo al pecado. Cuando emerge del agua, el símbolo apunta a la nueva vida que Dios concede mediante la resurrección de Cristo. De esta manera, el bautismo se convierte en una proclamación visual del evangelio mismo. Este mismo principio aparece también en la carta a los Colosenses, donde el apóstol declara que los creyentes han sido "sepultados con Él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con Él mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos" (Colosenses 2:12). Aquí se enfatiza nuevamente que el bautismo está íntimamente relacionado con la fe. No es el agua la que produce la unión con Cristo, sino la fe mediante la cual Dios aplica la obra redentora del Señor al corazón del creyente. Desde esta perspectiva, el bautismo puede entenderse como la confesión pública de la unión con Cristo. Aquellos que han sido regenerados por el Espíritu Santo y han puesto su fe en el Salvador declaran públicamente que pertenecen a Él. El bautismo se convierte así en una proclamación visible de que la vida antigua ha quedado atrás y que una nueva vida ha comenzado bajo el señorío de Cristo. Pero el significado del bautismo no se limita únicamente a la relación personal del creyente con Cristo. También tiene una dimensión comunitaria. En el Nuevo Testamento, el bautismo está estrechamente relacionado con la incorporación visible a la comunidad del pueblo de Dios. El apóstol Pablo declara que "por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo" (1 Corintios 12:13). Aunque este pasaje se refiere primariamente a la obra espiritual del Espíritu Santo, también nos recuerda que la vida cristiana nunca es una experiencia aislada. Aquellos que son unidos a Cristo también son unidos entre sí como miembros de un mismo cuerpo. Por esta razón, el bautismo no es un acto meramente privado. Es una confesión pública que introduce al creyente dentro de la comunidad visible de la iglesia. En el libro de los Hechos vemos repetidamente que aquellos que creían eran bautizados y luego añadidos al pueblo de Dios (Hechos 2:41). Así, el bautismo funciona como la señal visible mediante la cual la iglesia reconoce a los nuevos creyentes como parte de la familia

de Dios. Existe además un elemento de testimonio público en el bautismo que no debe pasarse por alto. Cuando una persona es bautizada, declara delante de los hombres que ha sido llamado eficazmnte a seguir a Cristo. Este acto implica una identificación abierta con el Señor, aun en medio de un mundo que muchas veces se opone al evangelio. En este sentido, el bautismo posee un carácter confesional. El creyente no solo cree en su corazón, sino que también confiesa públicamente su fe. Sin embargo, debemos recordar nuevamente que el bautismo no posee poder salvador en sí mismo. La salvación pertenece únicamente a la obra de Cristo aplicada por el Espíritu Santo mediante la fe. El bautismo señala esa obra, pero no la produce. La iglesia debe mantener esta distinción con claridad para preservar la pureza del evangelio. Cuando el bautismo es entendido correctamente, se convierte en una proclamación hermosa de la gracia de Dios. Cada bautismo recuerda a la iglesia que el evangelio sigue transformando vidas, que Cristo continúa llamando a pecadores al arrepentimiento y que el Espíritu Santo sigue obrando poderosamente en el corazón de aquellos que creen. Por esta razón, el bautismo no debe ser tratado como una formalidad religiosa ni como una simple tradición cultural. Es una ordenanza instituida por el Señor mismo, cargada de significado espiritual y profundamente conectada con la proclamación del evangelio. En última instancia, el bautismo dirige nuestra mirada hacia Cristo. Nos recuerda que nuestra esperanza no se encuentra en un rito externo, sino en la obra perfecta del Salvador que murió y resucitó por su pueblo. Cada vez que la iglesia presencia un bautismo, contempla nuevamente el mensaje central del evangelio: que los pecadores pueden morir al pecado y recibir una nueva vida por medio de Jesucristo.

El bautismo como señal del pacto de gracia

Para comprender aún más profundamente el significado del bautismo cristiano, es necesario considerar su lugar dentro de la historia del pacto de gracia que Dios ha establecido con su pueblo. A lo largo de las Escrituras, el Señor ha confirmado sus promesas mediante señales visibles que apuntan a realidades espirituales más profundas. Estas señales no crean la gracia por sí mismas, pero sí sirven como recordatorios visibles de la obra que Dios promete y realiza en favor de su pueblo. En el Antiguo Testamento, una de las señales principales del pacto era la circuncisión. Dios la instituyó cuando estableció su pacto con Abraham, declarando que sería una señal visible del pacto entre Él y su pueblo (Génesis 17:10-11). Aquella marca en el cuerpo recordaba que el pueblo pertenecía al Señor y que vivía bajo sus promesas. Sin embargo, incluso en ese contexto antiguo, la Escritura dejaba claro que la señal externa no era suficiente por sí misma. Moisés exhortó al pueblo diciendo: “Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazón” (Deuteronomio 10:16). Más adelante, el profeta Jeremías volvió a señalar la misma realidad espiritual cuando habló de la necesidad de una circuncisión del corazón (Jeremías 4:4). Esto muestra que desde el principio Dios estaba interesado no solo en una señal externa, sino en una transformación interna producida por su gracia. Con la llegada de Cristo y la inauguración del Nuevo Pacto, las sombras del antiguo sistema comenzaron a ceder su lugar a realidades más claras y completas. La circuncisión, que había funcionado como señal del pacto en Israel, encuentra su cumplimiento espiritual en la obra de Cristo aplicada al corazón del creyente. El apóstol Pablo explica esta relación cuando escribe que los creyentes han sido “circuncidados con circuncisión no hecha a mano” mediante la obra de Cristo (Colosenses 2:11). En ese mismo contexto, el apóstol conecta inmediatamente esta realidad con el bautismo, declarando que los creyentes han sido sepultados con Cristo en el bautismo y resucitados con Él mediante la fe en el poder de Dios (Colosenses 2:12). De esta manera, el bautismo aparece como la señal visible que

apunta a la obra espiritual que Dios realiza en el corazón del creyente dentro del marco del Nuevo Pacto. Esto no significa que el bautismo sea una simple sustitución mecánica de la circuncisión, sino que ambas señales cumplen una función similar dentro de sus respectivos pactos: señalar la pertenencia al pueblo de Dios y apuntar a la obra transformadora que solo el Señor puede realizar en el corazón humano. En el Nuevo Pacto, sin embargo, la promesa alcanza una profundidad mayor. Los profetas habían anunciado que llegaría un tiempo en el que Dios escribiría su ley en el corazón de su pueblo y les daría un nuevo espíritu (Jeremías 31:33; Ezequiel 36:26-27). Esta promesa encuentra su cumplimiento en la obra del Espíritu Santo, quien regenera al pecador y lo une verdaderamente a Cristo. El bautismo, entonces, debe ser entendido como una señal que apunta hacia esa realidad gloriosa. No es el agua la que produce el nuevo corazón prometido por los profetas, sino el Espíritu Santo que aplica la obra redentora de Cristo al creyente. El bautismo declara visiblemente que esa obra de gracia pertenece a Dios y que el creyente ha sido incorporado a su pueblo. Al mismo tiempo, el bautismo recuerda a la iglesia que la salvación nunca ha sido producto del esfuerzo humano. Desde Abraham hasta nuestros días, el pueblo de Dios ha sido formado por la gracia soberana del Señor. Las señales del pacto siempre han apuntado hacia esa misma verdad: que Dios toma la iniciativa en la redención y llama a los pecadores a responder con fe y obediencia. Por esta razón, cada bautismo se convierte en una proclamación pública del pacto de gracia. La iglesia contempla nuevamente cómo Dios continúa cumpliendo sus promesas, llamando a hombres y mujeres a la fe en Cristo e incorporándolos al pueblo redimido que Él mismo ha formado a lo largo de la historia. Comprender el bautismo dentro del marco del pacto también nos ayuda a recuperar la reverencia que esta ordenanza merece. No se trata simplemente de un rito religioso que la iglesia practica por costumbre. Es una señal que apunta hacia el plan redentor que Dios ha estado desarrollando desde el comienzo de la historia y que encuentra su cumplimiento pleno en la persona y obra de Jesucristo. Cada vez que la iglesia administra el bautismo, recuerda que pertenece a un pueblo redimido por gracia, unido por la fe en Cristo y sostenido por las promesas del Dios que guarda su pacto por todas las generaciones.

Reflexión para el lector

Al considerar el bautismo como señal del pacto de gracia, surge una pregunta personal que cada creyente debe examinar con sinceridad: ¿Comprendo que mi bautismo no fue simplemente un momento religioso, sino una confesión pública de la obra que Dios ha comenzado en mi vida? ¿Estoy viviendo hoy como alguien que pertenece al pueblo del pacto, caminando en fe, obediencia y gratitud por la gracia que he recibido en Cristo?

El bautismo como compromiso de una nueva vida

Si el bautismo señala nuestra unión con Cristo y proclama nuestra pertenencia al pueblo del pacto, también nos recuerda una verdad igualmente importante: la vida del creyente ha sido llamada a una transformación real. El bautismo no solo mira hacia la obra que Cristo ha realizado por nosotros, sino también hacia la vida nueva a la que somos llamados como seguidores del Señor. El apóstol Pablo desarrolla esta realidad con claridad en su enseñanza sobre la unión con Cristo. Después de afirmar que los creyentes han sido sepultados con Cristo mediante el bautismo, añade que esto tiene un propósito claro: “a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Romanos 6:4). El bautismo, por tanto, no es simplemente un recuerdo del pasado; es también una

proclamación del tipo de vida que ahora debemos vivir. Cuando una persona es bautizada, declara públicamente que su antigua vida ha quedado atrás. El pecado que antes dominaba su corazón ya no tiene la misma autoridad sobre su vida. Esto no significa que el creyente haya alcanzado la perfección moral ni que la lucha contra el pecado haya desaparecido. La Escritura enseña claramente que la vida cristiana implica una batalla constante contra la carne. Sin embargo, sí significa que el creyente ya no vive bajo el dominio del pecado, sino bajo la gracia de Dios. El bautismo simboliza precisamente esta transición. La vieja vida marcada por el pecado, la rebelión y la independencia de Dios ha sido dejada atrás, y una nueva vida ha comenzado bajo el señorío de Cristo. El creyente ahora pertenece al Salvador que lo rescató, y su vida está llamada a reflejar esa nueva realidad. Esta verdad aparece repetidamente en el Nuevo Testamento. Pablo exhorta a los creyentes diciendo: "consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Romanos 6:11). Esta exhortación no es una simple invitación a pensar de manera positiva, sino un llamado a vivir de acuerdo con la nueva identidad que Dios ha otorgado a su pueblo. En este sentido, el bautismo funciona como un recordatorio permanente de nuestra identidad en Cristo. Cada creyente puede mirar hacia ese momento y recordar que su vida ya no le pertenece a sí mismo. Ha sido comprado por precio y ahora vive para la gloria de Aquel que lo salvó. Como declara el apóstol Pablo: "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios" (1 Corintios 6:19–20). A lo largo de la historia de la iglesia, muchos cristianos han encontrado fortaleza espiritual al recordar su bautismo. No porque el acto en sí mismo tenga poder mágico, sino porque señala la realidad del evangelio aplicada a sus vidas. Cuando el creyente enfrenta tentaciones, luchas o momentos de debilidad, puede recordar que ha sido unido a Cristo, que ha muerto al pecado y que ha sido llamado a caminar en una nueva vida. Además, el bautismo también implica un compromiso visible ante la comunidad de fe. La iglesia que presencia un bautismo no solo celebra la gracia de Dios, sino que también reconoce la responsabilidad de acompañar al nuevo creyente en su crecimiento espiritual. El bautismo introduce al creyente en una vida de discipulado, aprendizaje y comunión dentro del cuerpo de Cristo. Por esta razón, el bautismo nunca debe ser entendido como el final del camino cristiano. En realidad, representa el comienzo visible de una vida de seguimiento a Cristo. A partir de ese momento, el creyente es llamado a crecer en la gracia, a profundizar en el conocimiento de la Palabra de Dios y a caminar en obediencia al Señor que lo salvó. En última instancia, el bautismo dirige nuestra mirada hacia la esperanza futura que pertenece al pueblo de Dios. Así como el acto simboliza la muerte y la resurrección con Cristo, también apunta hacia la resurrección final prometida a todos los que pertenecen al Señor. El creyente vive hoy una vida nueva en Cristo, pero aún espera el día en que esa vida será plenamente manifestada cuando el Señor regrese en gloria. De esta manera, el bautismo abarca toda la vida cristiana. Recuerda la obra que Dios ya ha realizado en la salvación, declara públicamente la fe del creyente y señala el camino de santidad que ahora debe recorrer hasta el día en que vea a su Salvador cara a cara.

Transición hacia el siguiente capítulo

Al considerar el significado profundo del bautismo cristiano, hemos visto que esta ordenanza señala la unión del creyente con Cristo, proclama públicamente la obra de la gracia dentro del pacto de Dios y llama al creyente a caminar en una vida nueva bajo el señorío del Salvador. El bautismo no es un rito vacío ni una tradición meramente cultural; es una confesión visible de la

obra invisible que Dios realiza en el corazón mediante el poder del Espíritu Santo. Sin embargo, al comprender la riqueza espiritual que el bautismo representa, surge una pregunta inevitable que la iglesia debe enfrentar con fidelidad a la Escritura: ¿quiénes deben recibir el bautismo? A lo largo de la historia del cristianismo, este tema ha sido objeto de diferentes interpretaciones y prácticas dentro de diversas tradiciones eclesiásticas. Algunos han administrado el bautismo como una señal aplicada ampliamente dentro de la comunidad religiosa, mientras que otros han insistido en que debe reservarse exclusivamente para aquellos que han manifestado personalmente fe y arrepentimiento. Para responder a esta cuestión con claridad, no debemos recurrir primero a la tradición, a la costumbre ni a los argumentos históricos, sino regresar nuevamente a la autoridad suprema de la Palabra de Dios. Es en las Escrituras donde encontramos el patrón que el Señor estableció para su iglesia. El testimonio del Nuevo Testamento, especialmente en el libro de los Hechos de los Apóstoles, nos muestra repetidamente la relación entre la proclamación del evangelio, la obra del Espíritu Santo en el corazón del pecador y la respuesta visible de fe que culmina en el bautismo. Examinar cuidadosamente este patrón nos permitirá comprender con mayor precisión quiénes son los verdaderos candidatos para recibir esta ordenanza. Por esta razón, en el siguiente capítulo dirigiremos nuestra atención a la enseñanza bíblica acerca de quiénes deben ser bautizados, observando el testimonio de la iglesia apostólica y el orden que Dios ha establecido entre la fe, el arrepentimiento y la administración del bautismo. Solo cuando el bautismo se practica conforme al diseño revelado en la Escritura puede cumplir plenamente su propósito como señal visible de la gracia salvadora de Dios en la vida de su pueblo.

Capítulo 7-¿Quiénes deben ser bautizados?

Después de considerar el significado del bautismo cristiano y su lugar dentro del pacto de gracia, surge una pregunta que la iglesia no puede evitar: ¿quiénes deben recibir el bautismo? Esta cuestión no es meramente práctica, sino profundamente teológica, porque la respuesta determina cómo la iglesia entiende la relación entre la fe, la conversión y la incorporación visible al pueblo de Dios. A lo largo de la historia del cristianismo han surgido diversas prácticas en torno al bautismo. Algunas tradiciones lo han administrado ampliamente dentro de la comunidad religiosa, mientras que otras han insistido en que debe reservarse para aquellos que han manifestado personalmente fe y arrepentimiento. Frente a estas diferencias, la iglesia debe volver nuevamente al fundamento que ya hemos afirmado repetidamente: la autoridad final pertenece a las Escrituras. Si deseamos comprender quiénes deben ser bautizados, debemos observar cuidadosamente el patrón que aparece en el Nuevo Testamento. El libro de los Hechos de los Apóstoles, que registra la expansión de la iglesia primitiva, nos ofrece numerosos ejemplos de cómo los apóstoles aplicaron el mandato del Señor respecto al bautismo. En estos relatos se observa un orden que se repite de manera consistente: primero se proclama el evangelio, luego el Espíritu Santo obra en el corazón del oyente produciendo fe y arrepentimiento, y finalmente aquellos que creen son bautizados como confesión pública de su fe. Este patrón aparece claramente en el día de Pentecostés. Después de escuchar la predicación del apóstol Pedro acerca de Cristo crucificado y resucitado, muchos de los oyentes fueron profundamente confrontados por la verdad del evangelio. La Escritura declara que fueron “compungidos de corazón” y preguntaron qué debían hacer. La respuesta de Pedro fue directa: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados” (Hechos 2:38). Más adelante el relato añade que “los que recibieron su palabra fueron bautizados” (Hechos 2:41). Aquí el orden es claro: primero la recepción del mensaje, luego la fe y el arrepentimiento, y finalmente el bautismo. Este mismo principio se observa en el encuentro entre Felipe y el eunuco etíope. Mientras viajaban juntos, Felipe le anunció el evangelio de Jesucristo a partir de las Escrituras. Cuando el eunuco comprendió el mensaje y creyó, al ver agua expresó su deseo de ser bautizado diciendo: “Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?” (Hechos 8:36). Entonces ambos descendieron al agua, y Felipe lo bautizó. El relato muestra nuevamente que el bautismo sigue a la comprensión del evangelio y a la fe personal en Cristo. La conversión de Cornelio y su casa también confirma este mismo patrón. Mientras Pedro predicaba el evangelio, el Espíritu Santo descendió sobre aquellos que escuchaban la palabra, evidenciando que Dios había obrado en sus corazones. Al ver esta obra divina, Pedro preguntó: “¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?” (Hechos 10:47). Entonces ordenó que fueran bautizados en el nombre del Señor. En este caso, el bautismo fue administrado como respuesta visible a la obra espiritual que Dios ya había realizado. Un ejemplo similar aparece en Filipos con la conversión del carcelero. Después del terremoto que abrió las puertas de la prisión, el hombre preguntó a Pablo y a Silas: “Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?” La respuesta fue clara: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo” (Hechos 16:30-31). Después de escuchar la palabra del Señor y creer, él y su familia fueron bautizados aquella misma noche (Hechos 16:33). Al considerar todos estos relatos juntos, emerge un principio consistente en la práctica apostólica: el bautismo es administrado a aquellos que han creído en el evangelio. La fe y el arrepentimiento preceden al bautismo, y el bautismo funciona como la confesión pública de esa fe. Este orden también se refleja en la

enseñanza del Señor antes de su ascensión. En la Gran Comisión, Cristo envía a sus discípulos a hacer discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que Él ha mandado (Mateo 28:19-20). El bautismo aparece dentro del proceso de hacer discípulos, lo cual implica que aquellos que lo reciben han respondido al evangelio y han comenzado a seguir a Cristo. Por esta razón, el bautismo en el Nuevo Testamento está estrechamente relacionado con la profesión personal de fe. No es simplemente una señal cultural ni una ceremonia social, sino una declaración pública de que una persona ha creído en el Señor Jesucristo y ha sido llamada a seguirle como discípulo. Esto también explica por qué el bautismo en la iglesia primitiva solía administrarse con prontitud después de la conversión. Cuando una persona creía en Cristo, el bautismo se convertía en la forma visible mediante la cual esa fe era reconocida por la comunidad de creyentes. No se trataba de un requisito previo para la salvación, sino de una respuesta obediente al mandato del Señor. Comprender este principio ayuda a preservar la claridad del evangelio. La salvación no se recibe mediante un rito religioso, sino mediante la gracia de Dios aplicada por el Espíritu Santo a través de la fe en Cristo. El bautismo no produce la salvación, pero sí la proclama públicamente. Al mismo tiempo, esta enseñanza nos recuerda que el bautismo no debe ser administrado con ligereza. Dado que representa una confesión pública de fe, la iglesia debe procurar que aquellos que lo reciben comprendan el evangelio y manifiesten un deseo genuino de seguir a Cristo. No se trata de exigir una perfección espiritual imposible, sino de reconocer una fe sincera que evidencie la obra de Dios en el corazón. De esta manera, el bautismo conserva su significado bíblico como la señal visible que sigue a la conversión y que identifica públicamente al creyente con Cristo y con su iglesia.

Reflexión para el lector

Al considerar el testimonio del Nuevo Testamento, cada creyente puede preguntarse con sinceridad: ¿Mi bautismo fue una respuesta consciente de fe en Cristo? ¿Comprendo que este acto representa mi identificación pública con el Señor que

La relación entre el arrepentimiento, la fe y el bautismo

Al examinar cuidadosamente el testimonio del Nuevo Testamento, observamos que el bautismo nunca aparece aislado de la realidad espiritual de la conversión. Por el contrario, la Escritura presenta una relación estrecha entre el arrepentimiento, la fe y el bautismo, estableciendo un orden que ayuda a la iglesia a comprender cuándo y a quién debe administrarse esta ordenanza. El mensaje central de la predicación apostólica siempre comenzaba con el llamado al arrepentimiento y a la fe en Jesucristo. El evangelio no era presentado simplemente como información religiosa, sino como un llamado urgente a volverse del pecado y confiar en la obra redentora del Señor. Cuando este llamado era recibido con fe por aquellos a quienes Dios estaba llamando eficazmente, el bautismo seguía como la confesión pública de esa transformación interior. Este orden se observa con claridad en la predicación del apóstol Pedro el día de Pentecostés. Después de proclamar que Jesús había sido crucificado y que Dios lo había levantado de los muertos, muchos de los oyentes fueron profundamente confrontados por su pecado. La Escritura declara que preguntaron a los apóstoles: “Varones hermanos, ¿qué haremos?” (Hechos 2:37). La respuesta de Pedro fue directa y pastoral: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados” (Hechos 2:38). Este pasaje muestra claramente la relación entre estas realidades espirituales. El arrepentimiento

representa el cambio de mente y de corazón mediante el cual el pecador reconoce su pecado y se vuelve hacia Dios. La fe, inseparable del arrepentimiento, consiste en confiar en Cristo como el único Salvador y Señor. El bautismo, entonces, aparece como la señal visible mediante la cual el creyente confiesa públicamente esa fe delante de la iglesia y del mundo. Este mismo patrón se repite en múltiples ocasiones en el libro de los Hechos. Cuando el evangelio llegó a Samaria, Felipe predicó acerca del reino de Dios y del nombre de Jesucristo. El relato afirma que "cuando creyeron a Felipe… se bautizaban hombres y mujeres" (Hechos 8:12). Nuevamente vemos el mismo orden: la proclamación del evangelio, la respuesta de fe y posteriormente el bautismo. Más adelante, el apóstol Pablo expresó este mismo principio cuando habló del mensaje del evangelio diciendo: "que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo" (Romanos 10:9). La fe que nace en el corazón inevitablemente produce una confesión pública, y el bautismo se convierte precisamente en una de las formas más claras mediante las cuales el creyente declara su fe en Cristo. Sin embargo, es importante recordar nuevamente que el bautismo no debe confundirse con la causa de la salvación. La Escritura afirma con claridad que la salvación es por gracia, por medio de la fe, y que no procede de obras humanas (Efesios 2:8-9). El bautismo no produce la fe ni el arrepentimiento; más bien, es la respuesta obediente de aquellos que ya han sido alcanzados por la gracia de Dios. Esta distinción es fundamental para preservar la pureza del evangelio. Cuando el bautismo se convierte en un requisito para obtener la salvación, el mensaje de la gracia corre el riesgo de ser oscurecido. Pero cuando el bautismo es entendido correctamente como una confesión pública de la fe, la iglesia puede administrarlo con fidelidad al diseño bíblico. Por esta razón, la práctica apostólica nos enseña que el bautismo pertenece al contexto de la conversión. Aquellos que se arrepienten y creen en Cristo son llamados a confesar públicamente esa fe mediante el bautismo. De esta manera, el bautismo funciona como la señal visible que confirma la realidad invisible de la obra de Dios en el corazón del creyente. Además, esta relación entre arrepentimiento, fe y bautismo nos recuerda que la vida cristiana comienza con una transformación real del corazón. El bautismo no puede separarse de esa realidad espiritual. Cuando la señal se separa de la sustancia, el riesgo es que la iglesia termine administrando una ordenanza que ya no refleja la obra viva del evangelio. Por el contrario, cuando el bautismo se administra a aquellos que han respondido al llamado del evangelio con fe y arrepentimiento, la iglesia proclama con claridad que la salvación pertenece al Señor y que su gracia continúa transformando vidas.

El peligro de separar el bautismo de la conversión

Separar el bautismo de la conversión representa un serio peligro para la comprensión bíblica del evangelio y para la pureza de la iglesia. En el Nuevo Testamento, el bautismo siempre aparece ligado a una respuesta real al mensaje de Cristo: arrepentimiento, fe y una vida transformada. Cuando esta relación se rompe, el bautismo corre el riesgo de convertirse en un simple rito religioso vacío, desprovisto de su significado espiritual. La iglesia primitiva, como se observa en el libro de Hechos de los Apóstoles, bautizaba a aquellos que primero habían escuchado el evangelio y habían creído verdaderamente. El bautismo era la señal visible de una obra interior que Dios ya había realizado en el corazón del creyente. Sin embargo, cuando el bautismo se administra sin una evidencia clara de arrepentimiento y fe, se crea la peligrosa ilusión de que una persona pertenece a Cristo simplemente por haber participado en una ceremonia externa. Esto puede llevar a muchos a confiar en un acto religioso en lugar de confiar en la obra redentora de

Jesucristo. La Escritura enseña que la verdadera salvación produce una transformación interior que inevitablemente se manifiesta externamente, y el bautismo es precisamente esa manifestación pública de la fe. Por lo tanto, separar el bautismo de la conversión no solo distorsiona el propósito del bautismo, sino que también debilita el testimonio del evangelio y puede llenar la iglesia de personas que han experimentado el rito, pero no la regeneración. Por esta razón, el bautismo debe conservar su lugar bíblico como la confesión visible de una fe genuina y de una vida que ha sido alcanzada por la gracia de Dios.

Capítulo 8-El modo del bautismo: ¿inmersión o aspersión?

A lo largo de la historia de la iglesia ha existido discusión acerca del modo correcto de administrar el bautismo. Algunos sostienen que el bautismo puede realizarse por aspersión o por derramamiento de agua, mientras que otros afirman que el modelo bíblico es la inmersión completa del creyente en el agua. Para responder a esta cuestión es necesario volver a las Escrituras y examinar tanto el significado de la palabra utilizada en el Nuevo Testamento como los ejemplos que encontramos en la práctica de la iglesia primitiva. El propósito de esta reflexión no es promover controversias innecesarias, sino procurar que la iglesia permanezca fiel a lo que Dios ha revelado en su Palabra. Una de las formas más claras de comprender el modo del bautismo es considerar el significado del término que el Nuevo Testamento utiliza. La palabra griega traducida como "bautizar" es baptizo, un verbo que en su uso común describía la acción de sumergir, introducir o hundir algo dentro de un líquido. En el mundo antiguo esta palabra se empleaba, por ejemplo, para describir cómo una tela era sumergida en un tinte para cambiar su color, o cómo un objeto era introducido completamente en el agua. El sentido natural del término apunta, por tanto, a la idea de inmersión más que a la simple aplicación de unas gotas de agua sobre la persona. Este significado lingüístico ya nos ofrece una pista importante acerca de cómo era entendido originalmente el bautismo en el contexto del Nuevo Testamento. Los relatos bíblicos del bautismo también parecen describir una práctica que encaja con la inmersión. Un ejemplo claro es el bautismo de Jesucristo, cuando fue bautizado por Juan el Bautista. El evangelio relata que, después de ser bautizado, Jesús subió del agua (Evangelio de Mateo 3:16). Esta expresión sugiere naturalmente que el bautismo ocurrió dentro del agua y no simplemente mediante un rociamiento. De manera similar, en el relato del eunuco etíope encontramos una descripción que refuerza esta idea. Después de escuchar el evangelio predicado por Felipe el Evangelista, el hombre pidió ser bautizado, y el texto declara que ambos descendieron al agua, Felipe y el eunuco, y después del bautismo subieron del agua (Hechos de los Apóstoles 8:38–39). Estas expresiones sugieren que el bautismo implicaba entrar en el agua para realizar el acto. Además de los ejemplos narrativos, el simbolismo espiritual del bautismo también apunta hacia la inmersión. El apóstol Pablo el Apóstol explica que el bautismo representa la unión del creyente con la muerte y la resurrección de Cristo. En la Epístola a los Romanos 6:3–4 enseña que los creyentes han sido sepultados con Cristo por medio del bautismo, para que así como Cristo resucitó de entre los muertos, también nosotros andemos en vida nueva. De forma similar, en Epístola a los Colosenses 2:12 se afirma que los creyentes han sido sepultados con Él en el bautismo y resucitados con Él mediante la fe en el poder de Dios. Estas expresiones utilizan el lenguaje de sepultura y resurrección, una imagen que se refleja de manera muy clara cuando una persona es sumergida en el agua y luego levantada nuevamente. La inmersión comunica visualmente la muerte al pecado, la sepultura del viejo hombre y el inicio de una nueva vida en Cristo. De esta manera, tanto el significado de la palabra utilizada en el Nuevo Testamento, como los ejemplos bíblicos y el profundo simbolismo espiritual asociado al bautismo, apuntan de manera natural hacia la práctica de la inmersión. Cuando el bautismo se administra de esta manera, el acto mismo se convierte en una proclamación visible del evangelio, recordando que el creyente ha sido unido a Jesucristo en su muerte y también en su resurrección para vivir ahora una vida nueva para la gloria de Dios.

¿Por qué muchas iglesias practican la aspersión?

A lo largo de la historia del cristianismo, algunas iglesias comenzaron a practicar el bautismo por aspersión o por derramamiento de agua. Este cambio no surgió principalmente de una nueva enseñanza bíblica, sino de circunstancias históricas y pastorales que con el tiempo fueron influyendo en la práctica de ciertas comunidades cristianas. En los primeros siglos, cuando el cristianismo comenzó a expandirse a diferentes regiones, surgieron situaciones en las que algunas personas no podían ser bautizadas por inmersión debido a enfermedad, debilidad física o falta de acceso suficiente a agua. En esos casos excepcionales se permitió aplicar agua sobre la persona como una forma extraordinaria de administrar el bautismo. Con el paso del tiempo, lo que inicialmente era una práctica ocasional comenzó a adoptarse con mayor frecuencia en algunas tradiciones cristianas, hasta llegar a convertirse en el modo habitual en ciertos contextos eclesiásticos. También influyeron factores prácticos relacionados con el clima, la arquitectura de los templos y el desarrollo de costumbres litúrgicas dentro de distintas denominaciones. Es importante reconocer que muchas iglesias que practican la aspersión lo hacen con un deseo sincero de obedecer a Dios y de mantener la vida sacramental de la iglesia. Por esta razón, el tema debe tratarse con humildad, respeto y amor cristiano, evitando actitudes de superioridad o espíritu de contienda. Sin embargo, al mismo tiempo, la iglesia siempre debe procurar que sus prácticas estén guiadas por la enseñanza de las Escrituras. Cuando examinamos cuidadosamente el testimonio bíblico, tanto el significado de la palabra utilizada para bautizar como los ejemplos que encontramos en el Nuevo Testamento y el simbolismo espiritual del bautismo parecen señalar de manera más natural hacia la práctica de la inmersión. Por ello, muchas iglesias que desean seguir lo más fielmente posible el modelo del Nuevo Testamento continúan practicando el bautismo de esta manera, entendiendo que la inmersión expresa con mayor claridad la verdad espiritual de que el creyente ha sido unido a Jesucristo en su muerte y en su resurrección, para caminar ahora en una vida nueva, como enseña la Epístola a los Romanos 6:4. El deseo de todo creyente y de toda iglesia debe ser permanecer fiel a la enseñanza de las Escrituras. La práctica cristiana no debe establecerse únicamente sobre la tradición o la costumbre, sino sobre la revelación que Dios ha dado en su Palabra. Como enseñó el apóstol Pablo el Apóstol, toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir y para instruir en justicia (Segunda Epístola a Timoteo 3:16). Por esta razón, cuando la iglesia examina el modo del bautismo, su deseo debe ser seguir lo que refleja con mayor claridad el modelo del Nuevo Testamento. De esta manera, el bautismo por inmersión no solo sigue el significado natural del término bíblico y el ejemplo que encontramos en las Escrituras, sino que también comunica de forma visible el evangelio mismo, proclamando que el creyente ha sido unido a Jesucristo en su muerte y resurrección, y que ahora vive para la gloria de Dios.

Capítulo 9-El bautismo en la historia de la iglesia

Después de examinar la enseñanza del Nuevo Testamento acerca del bautismo y de observar el patrón que aparece en la práctica de la iglesia apostólica, es útil dirigir nuestra atención brevemente a la historia de la iglesia. Aunque la autoridad final para la doctrina y la práctica cristiana pertenece únicamente a las Escrituras, el testimonio histórico nos ayuda a comprender cómo las generaciones anteriores de creyentes buscaron permanecer fieles al mandato del Señor (Mateo 28:19; Hechos 2:38). La historia de la iglesia no sustituye la autoridad de la Palabra de Dios, pero nos ofrece una ventana para observar cómo los cristianos de diferentes épocas entendieron y aplicaron la enseñanza bíblica. En algunos momentos vemos una continuidad clara con el modelo apostólico; en otros, se perciben desarrollos surgidos de circunstancias históricas, pastorales o culturales. Examinar estos procesos con humildad nos permite valorar la fidelidad de quienes nos precedieron y discernir con mayor claridad el modelo que la Escritura establece. En los primeros siglos del cristianismo, el bautismo ocupaba un lugar central en la vida de la iglesia. Los nuevos creyentes no eran bautizados de manera apresurada, sino que pasaban por un período de enseñanza conocido como catequesis, en el cual se les instruía acerca de la obra de Cristo, el arrepentimiento, la fe y la nueva vida que produce el evangelio (Hechos 8:36-38). Una vez que la iglesia reconocía la sinceridad de la fe del catecúmeno, el bautismo se administraba públicamente como confesión visible de su unión con Cristo. En muchos casos, se realizaba durante celebraciones especiales, como la Pascua, convirtiéndose en un momento solemne de incorporación al pueblo de Dios. Además de los relatos bíblicos, algunos escritos cristianos antiguos, como la Didaché, Ignacio de Antioquía y Tertuliano, mencionan la importancia de la preparación y la inmersión como señal de fe, confirmando que el bautismo era comprendido como un acto visible de fe y de integración a la comunidad cristiana. Con el paso de los siglos, comenzaron a aparecer nuevas prácticas en algunas comunidades cristianas, entre ellas el bautismo de los hijos de creyentes. Este cambio no surgió inmediatamente en la iglesia apostólica, sino gradualmente, influenciado por factores culturales, pastorales y teológicos, como la creciente identificación de la iglesia con la sociedad, el deseo de incluir a las familias dentro de la vida religiosa y ciertas interpretaciones acerca del pecado original y la necesidad de la gracia divina. Tras la legalización del cristianismo en el Imperio Romano, el bautismo infantil se volvió cada vez más común y, en muchos lugares, llegó a ser la norma. Aunque muchos defendieron esta práctica con sinceridad, es importante recordar que el desarrollo histórico no garantiza automáticamente su fundamento bíblico; la iglesia debe examinar siempre sus tradiciones a la luz de la Escritura. Durante el siglo XVI, la Reforma invitó a la iglesia a revisar sus doctrinas y prácticas según la Palabra de Dios. Reformadores como Martín Lutero, Ulrico Zwinglio y Juan Calvino conservaron el bautismo infantil, pero rechazaron la idea de que produjera automáticamente salvación. Para ellos, era una señal del pacto de Dios con su pueblo, similar a la circuncisión del Antiguo Testamento (Gálatas 3:27-29). Sin embargo, surgieron cristianos que, al estudiar la Biblia, notaron que el Nuevo Testamento presenta consistentemente el bautismo después de la fe y el arrepentimiento. Estos creyentes, conocidos como anabautistas (“rebautizadores”), defendieron que el bautismo debía administrarse únicamente a quienes confesaban personalmente su fe en Cristo. A pesar de la persecución, promovieron fielmente el patrón bíblico: proclamación del evangelio, obra del Espíritu Santo en el corazón del pecador produciendo fe y arrepentimiento, y bautismo como confesión pública de unión con Cristo. Hoy, las diversas tradiciones cristianas practican el bautismo de distintas maneras. Algunas iglesias

mantienen el bautismo infantil como señal de inclusión en la comunidad del pacto; otras, especialmente bautistas y evangélicas, insisten en que solo quienes han confesado su fe deben ser bautizados. A pesar de estas diferencias, la mayoría de las iglesias reconoce que el bautismo es una ordenanza establecida por Jesucristo para su iglesia (Mateo 28:19-20). El desafío para cada generación sigue siendo el mismo: volver siempre a la autoridad de la Palabra de Dios. La práctica no debe basarse únicamente en la tradición o la costumbre, sino en la enseñanza clara de la Escritura. Cuando la iglesia examina cuidadosamente el Nuevo Testamento, encuentra un patrón repetido: el evangelio es proclamado, el Espíritu Santo obra en el corazón del pecador produciendo fe y arrepentimiento, y aquellos que creen son bautizados como confesión pública de su unión con Cristo. Al considerar la historia de la iglesia, vemos cómo las prácticas cristianas han evolucionado. Algunos cambios ayudaron a comprender mejor la verdad bíblica; otros surgieron de circunstancias históricas que se consolidaron como tradiciones. Pero para el creyente que desea seguir fielmente a Cristo, lo fundamental no es qué hizo la iglesia, sino qué enseña el Señor en su Palabra. La historia puede enseñarnos, pero la Escritura sigue siendo la autoridad suprema que guía la vida de la iglesia. Por ello, cada creyente y cada comunidad deben examinar sus prácticas con humildad y fidelidad al evangelio. El bautismo no es una tradición cultural ni un simple rito heredado; es una ordenanza que señala la obra de gracia que Dios realiza en el corazón del creyente. Al reflexionar, podemos preguntarnos: ¿He examinado mi propio bautismo a la luz de la Palabra de Dios? ¿Estoy siguiendo la enseñanza de Cristo o simplemente la costumbre de mi iglesia? ¿Cómo puedo vivir diariamente la unión con Cristo que el bautismo simboliza? Que cada uno de nosotros, al someter nuestra vida a la autoridad de la Palabra, encuentre el camino seguro para honrar al Señor que nos redimió con su sangre, y que el bautismo sea siempre un recordatorio de su gracia, de su fidelidad y de la vida nueva que nos ofrece en Cristo.

Capítulo 10- El bautismo y la incorporación a la iglesia visible

Después de considerar la enseñanza bíblica sobre la conversión, la fe y la autoridad en la administración del bautismo, es necesario reflexionar también sobre la relación entre el bautismo y la iglesia. En el Nuevo Testamento, el bautismo no aparece como una experiencia aislada del creyente ni como una práctica privada, sino como una señal visible de incorporación al pueblo de Dios. Cuando una persona cree en el evangelio y es bautizada, no solamente está confesando su fe en Cristo, sino que también está siendo reconocida públicamente como parte de la comunidad de aquellos que siguen al Señor. Este patrón puede observarse claramente en la iglesia primitiva. El día de Pentecostés, después de que Pedro predicó el evangelio, muchos respondieron con arrepentimiento y fe. La Escritura declara que "los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas" (Hechos 2:41). Este texto muestra una relación directa entre el bautismo y la incorporación a la comunidad de creyentes. Aquellos que recibían la palabra y eran bautizados no permanecían como creyentes aislados, sino que eran añadidos al pueblo de Dios que se reunía para perseverar en la enseñanza apostólica, la comunión, el partimiento del pan y las oraciones. Más adelante, el mismo capítulo vuelve a destacar esta realidad al afirmar que "el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos" (Hechos 2:47). La salvación que Dios obraba en los corazones se hacía visible dentro de la comunidad de la iglesia. El bautismo servía como la señal pública mediante la cual el creyente confesaba su fe y era reconocido como parte del pueblo redimido por Cristo. Esta relación entre el bautismo y la comunidad de creyentes también aparece en la enseñanza del apóstol Pablo. Él escribe que "porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo" (1 Corintios 12:13). Aunque Pablo está describiendo principalmente la obra espiritual del Espíritu Santo al unir a los creyentes con Cristo, esta verdad también se refleja de manera visible en la vida de la iglesia. El bautismo simboliza esa unión con Cristo y, al mismo tiempo, manifiesta la unión del creyente con el cuerpo de Cristo, que es la iglesia. De manera similar, el apóstol afirma que "todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos" (Gálatas 3:27). El bautismo, por tanto, declara públicamente que el creyente ahora pertenece a Cristo. Ya no vive bajo la antigua identidad del pecado, sino bajo la nueva identidad que se encuentra en el Señor. Esta nueva identidad no se vive en aislamiento, sino dentro de la comunidad de aquellos que han sido igualmente transformados por la gracia de Dios. Por esta razón, el bautismo siempre ha ocupado un lugar importante en la vida de la iglesia. No es simplemente un símbolo personal de fe, sino también una señal visible de pertenencia al pueblo de Dios. A través del bautismo, la iglesia reconoce la confesión pública de fe del creyente y le recibe como parte de la comunidad que vive bajo el señorío de Cristo. Por esta razón, la iglesia, bajo la guía de aquellos que Dios ha llamado al ministerio, reconoce públicamente la fe de quienes son bautizados y les recibe en la comunión del cuerpo de Cristo. De esta manera, el bautismo marca el inicio visible de la vida cristiana dentro de la iglesia. Esto también nos ayuda a comprender por qué el bautismo está estrechamente ligado al discipulado. En la gran comisión, el Señor Jesús ordenó a sus discípulos "Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado" (Mateo 28:19–20). El bautismo aparece aquí como parte del proceso mediante el cual una persona entra en la vida de discipulado. Aquellos que son bautizados no solo confiesan su fe en Cristo, sino que también comienzan un camino de aprendizaje y obediencia dentro del pueblo de Dios. Por lo tanto, el bautismo no debe entenderse como el final de la conversión, sino como el comienzo

visible de una nueva vida dentro de la iglesia. El creyente bautizado es llamado a caminar junto a otros creyentes, a crecer en la enseñanza de la Palabra, a participar en la comunión del cuerpo de Cristo y a perseverar en la fe. La iglesia, por su parte, tiene la responsabilidad de acompañar, instruir y cuidar espiritualmente a aquellos que han sido incorporados a su comunión. De esta manera, el bautismo manifiesta una verdad profunda del evangelio: Dios no solo salva individuos, sino que está formando un pueblo para su nombre. Cada creyente que confiesa su fe en Cristo y desciende a las aguas del bautismo está declarando públicamente que ahora pertenece al Señor y a la comunidad de aquellos que han sido redimidos por su gracia.

Reflexión

El bautismo nos recuerda que la vida cristiana no está destinada a vivirse en soledad. Cuando una persona es bautizada, declara públicamente que su vida pertenece a Cristo y que desea caminar junto al pueblo de Dios. Esto nos invita a examinar nuestro propio compromiso con la iglesia. ¿Estamos viviendo nuestra fe de manera aislada o estamos participando activamente en la vida del cuerpo de Cristo? El bautismo nos llama no solo a creer en el Señor, sino también a perseverar en comunión con aquellos que comparten la misma fe, creciendo juntos en obediencia y amor para la gloria de Dios.

Capítulo 11- La forma del bautismo en el Nuevo Testamento

Después de considerar brevemente cómo el bautismo fue practicado y comprendido a lo largo de la historia de la iglesia, es apropiado volver nuevamente al testimonio de las Escrituras para examinar cuál es la forma que aparece en el Nuevo Testamento. Aunque la historia muestra que con el paso del tiempo surgieron diferentes prácticas dentro del cristianismo, la autoridad final para la fe y la práctica de la iglesia permanece en la Palabra de Dios. Por esta razón, es necesario observar cuidadosamente lo que el Nuevo Testamento revela acerca de la manera en que el bautismo fue administrado en la iglesia apostólica. A lo largo de la historia del cristianismo han existido diferentes prácticas relacionadas con el bautismo, como la aspersión, el derramamiento y la inmersión. Sin embargo, cuando examinamos cuidadosamente el testimonio de las Escrituras, encontramos que el patrón más claro que aparece en el Nuevo Testamento es el de la inmersión en agua. El propio término que se utiliza en el Nuevo Testamento para describir el bautismo nos ayuda a comprender esta práctica. La palabra griega baptizo, que se traduce como "bautizar", tiene el sentido de sumergir, introducir o hundir algo dentro de un líquido. Esta palabra era utilizada en el lenguaje común para describir la acción de introducir completamente un objeto en agua u otro líquido. Aunque el significado teológico del bautismo es más profundo que el simple acto físico, el uso de este término sugiere naturalmente la idea de una inmersión. Los relatos del Nuevo Testamento también apoyan esta comprensión. Cuando Jesús fue bautizado por Juan en el río Jordán, la Escritura declara que "Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua" (Mateo 3:16). Esta descripción sugiere que Jesús había descendido al agua para ser bautizado. De manera similar, el evangelio según Marcos dice que "cuando subía del agua, vio abrirse los cielos" (Marcos 1:10). Estas expresiones refuerzan la idea de que el bautismo implicaba entrar en el agua y salir de ella. Otro ejemplo claro aparece en el relato del eunuco etíope. Después de escuchar la explicación del evangelio por medio de Felipe, el eunuco expresó su deseo de ser bautizado. La Escritura relata que "descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y le bautizó. Cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe" (Hechos 8:38–39). Este pasaje describe de manera muy natural el acto de descender al agua y luego salir de ella, lo cual concuerda con la práctica de la inmersión. Además del testimonio narrativo de las Escrituras, el simbolismo espiritual del bautismo también apunta hacia la inmersión. El apóstol Pablo enseña que el bautismo representa la unión del creyente con la muerte y la resurrección de Cristo. Él escribe: "¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva" (Romanos 6:3–4). La imagen del sepulcro y de la resurrección se expresa de manera particularmente clara en el acto de ser sumergido en el agua y levantado nuevamente. Esta misma idea aparece en otra de las cartas de Pablo, donde dice que los creyentes han sido "sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos" (Colosenses 2:12). El bautismo, por tanto, no solo señala una limpieza espiritual, sino también una identificación profunda con la obra redentora de Cristo: muerte al pecado y nueva vida para Dios. Por estas razones, la práctica de la inmersión ha sido reconocida por muchos cristianos a lo largo de la historia como la forma que refleja con mayor claridad el testimonio del Nuevo Testamento. La inmersión expresa de manera visible el significado del evangelio: el creyente muere a su antigua vida y resurge a una nueva vida en Cristo. Sin embargo, es importante recordar que el valor del

bautismo no se encuentra únicamente en la forma externa del acto, sino en la realidad espiritual que representa. El bautismo no salva por sí mismo ni produce automáticamente la transformación del corazón. La verdadera obra de salvación es realizada por Dios mediante la gracia y recibida por medio de la fe. El bautismo es una señal visible de esa obra interior que Dios ya ha comenzado en la vida del creyente. Por lo tanto, cuando la iglesia practica el bautismo por inmersión, no lo hace simplemente por tradición o preferencia, sino porque busca reflejar con fidelidad el modelo que encontramos en las Escrituras y el profundo significado espiritual que el bautismo representa.

Reflexión

El bautismo nos recuerda que la vida cristiana comienza con una transformación profunda. Al descender a las aguas del bautismo, el creyente declara que su antigua vida ha quedado atrás. Al levantarse de ellas, proclama que ahora vive una nueva vida en Cristo. Este símbolo visible nos invita a examinar nuestra propia vida: ¿estamos caminando realmente en esa vida nueva que el Señor nos ha dado? El bautismo no solo señala un momento del pasado, sino que nos llama a vivir cada día recordando que hemos muerto al pecado y que ahora pertenecemos a Cristo.

Capítulo 12- El significado espiritual del bautismo

Después de considerar la forma del bautismo en el Nuevo Testamento, es necesario reflexionar también sobre el significado espiritual que este acto representa. Si la forma del bautismo muestra externamente el acto de descender al agua y levantarse nuevamente, su significado apunta a una realidad mucho más profunda: la unión del creyente con la muerte y la resurrección de Jesucristo. El bautismo, por tanto, no es simplemente una ceremonia visible dentro de la vida de la iglesia, sino un símbolo que proclama las verdades centrales del evangelio. El apóstol Pablo explica esta realidad cuando escribe: "¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?" (Romanos 6:3). Con estas palabras, Pablo muestra que el bautismo señala la identificación del creyente con la obra redentora de Cristo. Así como Cristo murió por el pecado, el creyente declara mediante el bautismo que su antigua vida, dominada por el pecado, ha quedado atrás. El apóstol continúa diciendo: "Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva" (Romanos 6:4). Aquí el bautismo aparece como una representación visible de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. Al descender al agua, el creyente simboliza la sepultura de su vieja vida; al levantarse nuevamente, proclama la nueva vida que Dios concede por medio del poder de la resurrección. Esta misma verdad aparece en otra de las cartas del apóstol Pablo, donde declara que los creyentes han sido "sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos" (Colosenses 2:12). El bautismo señala así la obra de Dios que une al creyente con Cristo. No se trata solamente de un acto simbólico aislado, sino de una señal que apunta a una realidad espiritual profunda: aquellos que creen en Cristo participan espiritualmente en su muerte y en su resurrección. Este significado nos recuerda que la salvación no consiste únicamente en el perdón de los pecados, sino también en una nueva relación con Cristo. El creyente ya no pertenece a su antigua vida ni vive bajo el dominio del pecado. Ahora pertenece al Señor y participa de la vida que Él da. Por esta razón, la Escritura declara: "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Corintios 5:17). El bautismo también expresa la nueva identidad del creyente. El apóstol Pablo escribe: "porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos" (Gálatas 3:27). Estas palabras muestran que el creyente ha sido unido a Cristo y ahora vive bajo su gracia. Su identidad ya no se define por su pasado, por sus pecados o por su antigua manera de vivir, sino por su relación con el Salvador. Sin embargo, es importante recordar que el bautismo no produce por sí mismo esta transformación espiritual. La salvación no es el resultado de un rito externo, sino de la obra de Dios en el corazón humano. La Escritura enseña claramente que somos salvos por la gracia de Dios mediante la fe en Jesucristo. El bautismo no es la causa de la salvación, sino el testimonio visible de la obra que Dios ya ha realizado en la vida del creyente. Por esta razón, cada vez que una persona es bautizada, el evangelio es proclamado de manera visible. El acto de descender al agua y levantarse nuevamente recuerda a la iglesia la verdad central de la fe cristiana: que Cristo murió por los pecadores, fue sepultado y resucitó para dar vida eterna a todos los que creen en Él. El bautismo se convierte así en una declaración pública de que la vida del creyente ha sido unida a la obra redentora de Cristo. De esta manera, el bautismo conecta la experiencia personal de la salvación con la obra histórica de Cristo en la cruz y en la resurrección. Aquellos que creen en Él no solo reciben el perdón de sus pecados, sino que

también participan espiritualmente de su vida. El bautismo señala esta unión y proclama que el creyente ahora pertenece al Señor.

Reflexión

El significado espiritual del bautismo nos invita a recordar constantemente nuestra unión con Cristo. Aquellos que han sido identificados con su muerte y su resurrección están llamados a vivir cada día a la luz de esa realidad. El bautismo nos recuerda que nuestra esperanza no descansa en nuestros propios méritos, sino en la obra perfecta que Cristo realizó por nosotros. Recordar esta verdad fortalece nuestra fe y nos anima a caminar cada día confiando en la gracia de Dios y viviendo para la gloria de aquel que nos dio una nueva vida.

Capítulo 13-El llamado final a la obediencia del evangelio

Después de haber examinado cuidadosamente las Escrituras, surge una pregunta inevitable: ¿cómo responderemos al evangelio en nuestras vidas? La Palabra de Dios no fue dada simplemente para ser leída o discutida, sino para ser obedecida. Desde los primeros días de la predicación apostólica, el evangelio se presentó como un llamado a la acción. Cuando Pedro proclamó el mensaje en Pentecostés, la multitud preguntó: "¿Qué haremos?" (Hechos 2:37), y la respuesta fue clara: "Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hechos 2:38). Esta instrucción no era opcional; exigía una respuesta inmediata de fe y obediencia. A lo largo de Hechos, observamos que la fe genuina siempre se traduce en acción concreta. Saulo de Tarso, después de su encuentro con Cristo, no permaneció estático; se levantó y se bautizó (Hechos 22:16), demostrando que el bautismo no es un símbolo vacío, sino un acto de obediencia que refleja entrega total al Señor. Pablo profundiza en el significado espiritual de este acto, explicando que al ser bautizados, los creyentes participan en la muerte y resurrección de Cristo, muriendo al pecado y resucitando a una vida nueva (Romanos 6:3-4; Colosenses 2:12). La obediencia, entonces, no es un esfuerzo humano por ganar salvación, sino una respuesta de fe al poder transformador de Dios. Sin embargo, el verdadero problema que enfrenta la humanidad no es la falta de claridad en la Palabra de Dios, sino la resistencia del corazón humano. Muchos conocen la verdad, pero endurecen su corazón ante ella. Jesús advirtió: "¿Por qué me llamáis: Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?" (Lucas 6:46), y dejó claro que escuchar sin obedecer es autoengaño: "Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos" (Santiago 1:22). La disposición del corazón determina la respuesta; la luz de Dios es suficiente para todos, pero solo quienes están dispuestos a someter su voluntad a Cristo pueden experimentar transformación real. Además, Jesús enseñó que la obediencia surge del corazón dispuesto: "El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si hablo por mí mismo" (Juan 7:17), mostrando que la fe verdadera no es ciega, sino fruto de un corazón entregado a la verdad. Por esto, el llamado final de este libro no es meramente teórico ni académico; es personal, práctico y urgente. Cada lector debe preguntarse si ha respondido al evangelio con fe, arrepentimiento y obediencia, si su vida refleja una transformación real y si está dispuesto a dejar atrás la existencia antigua para caminar en la nueva vida que Cristo ofrece. El evangelio que proclamaron los apóstoles sigue siendo válido hoy. Dios continúa llamando a arrepentirse, creer y obedecer, y quien responde experimenta la gracia que transforma, dejando atrás la vida antigua y comenzando una existencia renovada guiada por el Espíritu y dedicada a la gloria de Dios. Así como Cristo resucitó, el creyente es levantado a una vida nueva y plena. Que cada lector vea estas páginas no solo como doctrina, sino como un desafío a la acción concreta: examinar el corazón, reconocer cualquier resistencia y responder al evangelio con fe y obediencia. La luz de Dios es clara; la diferencia está en qué hacemos con ella. Hoy, el llamado es a obedecer, permitiendo que la verdad transforme nuestra vida y nos guíe plenamente en la gracia de Jesucristo.

Reflexión:

Tal vez hoy te sientas cómodo con tu conocimiento de la Palabra, pero la verdadera medida de la fe no está en cuánto sabes, sino en cómo vives según esa verdad. La luz de Dios ha sido derramada sobre nosotros, y su voz nos llama a acción. Pregúntate sinceramente: ¿mi corazón se

resiste a obedecer, o estoy dispuesto a dejar que Cristo transforme cada área de mi vida? No permitas que la familiaridad con las Escrituras se convierta en indiferencia. La obediencia a Dios no es una carga, sino la puerta a la verdadera libertad, paz y plenitud que solo Él puede dar. Hoy, mientras lees estas líneas, el llamado permanece: responde con fe, arrepentimiento y obediencia, y deja que tu vida refleje la obra transformadora de Cristo en ti.

Capítulo 14-La fe que obedece: el verdadero significado de creer en Cristo

A lo largo de este estudio hemos considerado cuidadosamente la enseñanza del Nuevo Testamento acerca del evangelio, la respuesta que Dios demanda del ser humano y la práctica que encontramos en la iglesia apostólica. Sin embargo, al llegar a este punto es necesario reflexionar sobre una verdad fundamental que atraviesa todas estas enseñanzas: la relación inseparable entre la fe y la obediencia. En muchas ocasiones, la fe ha sido presentada como un simple acto intelectual o como una afirmación verbal de creencias religiosas. No obstante, cuando examinamos las Escrituras con atención, descubrimos que la fe bíblica es mucho más que una convicción mental; es una confianza viva que se manifiesta en obediencia a la voluntad de Dios. Desde el comienzo del evangelio vemos que el llamado de Dios siempre ha estado unido a la obediencia. El apóstol Pablo describe el propósito de su ministerio diciendo que recibió gracia y apostolado "para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre" (Romanos 1:5). Esta expresión revela algo profundo: la fe verdadera no se limita a aceptar ciertas verdades acerca de Cristo, sino que conduce a una vida de obediencia. La fe y la obediencia no son realidades opuestas, sino dimensiones inseparables de la respuesta humana al evangelio. A lo largo de la historia bíblica encontramos numerosos ejemplos que ilustran esta verdad. Cuando Dios llamó a Abraham, la Escritura no presenta su fe como una simple convicción interior. Más bien, su fe se manifestó en su disposición a obedecer el mandato divino, incluso cuando no comprendía completamente el camino delante de él. La fe de Abraham fue una fe activa, una fe que confió en la palabra de Dios y actuó conforme a ella. Por esta razón se convirtió en un modelo de la fe que Dios busca en todos los que desean caminar con Él. El Nuevo Testamento confirma repetidamente este principio. El escritor de la carta a los Hebreos declara que Cristo "vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen" (Hebreos 5:9). Esta afirmación es significativa, porque muestra que la salvación no está relacionada simplemente con una profesión verbal de fe, sino con una respuesta de obediencia al Señorío de Cristo. Reconocer a Jesús como Señor implica someter la vida a su autoridad y seguir su palabra. El apóstol Santiago aborda este tema con gran claridad cuando advierte acerca del peligro de una fe meramente declarativa. Él escribe: "Así también la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma" (Santiago 2:17). Santiago no está enseñando que las obras humanas puedan ganar la salvación; más bien, está afirmando que la fe auténtica produce inevitablemente una vida transformada. Cuando la fe es genuina, se manifiesta en acciones que reflejan la confianza en Dios y el deseo de obedecer su voluntad. Este principio también aparece en las propias palabras de Jesucristo. El Señor preguntó a sus oyentes: "¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?" (Lucas 6:46). Con esta pregunta penetrante, Jesús revela una realidad que continúa siendo relevante para cada generación. No basta con reconocer a Cristo con los labios si la vida no refleja obediencia a sus mandamientos. La verdadera fe se evidencia cuando el creyente escucha la palabra del Señor y la pone en práctica. De la misma manera, el Señor enseñó a sus discípulos: "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (Juan 14:15). Aquí vemos que la obediencia no surge de una obligación fría o de un esfuerzo meramente religioso, sino del amor por Cristo. Cuando una persona comprende la gracia de Dios y la grandeza de la obra redentora de Cristo, su corazón responde con gratitud y deseo de vivir conforme a la voluntad divina. A la luz de estas enseñanzas, resulta evidente que la fe bíblica nunca puede separarse de la obediencia al evangelio. Creer en Cristo significa confiar en su palabra, aceptar su autoridad y responder a su llamado con una vida transformada. Esta obediencia no es un intento de ganar el favor de Dios

por méritos propios, sino la expresión natural de una fe que reconoce a Jesucristo como Señor y Salvador. Sin embargo, una de las grandes dificultades en el mundo religioso contemporáneo es la tendencia a reducir la fe a una experiencia emocional o a una simple declaración verbal. En algunos contextos se enseña que basta con afirmar la creencia en Cristo para recibir la salvación, sin considerar la respuesta completa que el evangelio demanda. Esta forma de entender la fe puede conducir a una separación peligrosa entre la profesión de fe y la vida práctica del creyente. Las Escrituras, por el contrario, presentan una visión mucho más profunda. La fe que salva es una fe que transforma. Es una fe que lleva al arrepentimiento, que produce obediencia y que conduce a una vida dedicada a seguir a Cristo. Cuando el evangelio es recibido de esta manera, no solo cambia la mente del creyente, sino también su corazón y su conducta. Por esta razón, al considerar las enseñanzas presentadas en este libro, cada lector está invitado a examinar su propia comprensión de la fe. La pregunta fundamental no es simplemente si una persona afirma creer en Cristo, sino si esa fe se manifiesta en una vida de obediencia a su palabra. La fe verdadera siempre produce frutos visibles, porque surge de un corazón que ha sido transformado por la gracia de Dios. En última instancia, la fe que Dios busca no es una fe superficial ni una convicción pasajera, sino una confianza profunda que conduce a una entrega total al Señorío de Jesucristo. Cuando el creyente responde al evangelio con esta fe obediente, experimenta la obra transformadora de Dios en su vida y comienza a caminar en la nueva vida que Cristo ofrece. Así, la fe y la obediencia se unen como dos aspectos inseparables de la relación con Dios. La fe confía en la palabra divina, y la obediencia la pone en práctica. Juntas constituyen la respuesta plena al evangelio de Jesucristo, una respuesta que no solo reconoce la verdad de Dios, sino que la abraza y la vive cada día.

Reflexión pastoral

Al considerar estas verdades, es importante detenerse por un momento y examinar el corazón con sinceridad delante de Dios. Las Escrituras no fueron dadas únicamente para ampliar nuestro conocimiento, sino para confrontar nuestra vida y guiarnos hacia una relación auténtica con el Señor. Cada enseñanza acerca de la fe y la obediencia nos invita a preguntarnos si nuestra respuesta al evangelio ha sido verdaderamente completa. Muchos creyentes sinceros aman a Dios y desean agradarle, pero en ocasiones han recibido enseñanzas incompletas acerca de lo que significa responder plenamente al evangelio. Por esta razón, cuando la Palabra de Dios nos muestra con mayor claridad su voluntad, la actitud correcta no es resistirla ni justificar nuestras tradiciones, sino acercarnos a ella con humildad y con un corazón dispuesto a obedecer. La verdadera fe no teme a la verdad de las Escrituras; al contrario, la busca con sinceridad y se somete a ella con confianza. El Señor conoce las luchas del corazón humano. Sabe que obedecer su palabra puede implicar cambios, decisiones difíciles o incluso incomprensión por parte de otros. Sin embargo, también promete acompañar y sostener a aquellos que desean caminar en su verdad. La obediencia al evangelio no es un camino de pérdida, sino el comienzo de una vida transformada por la gracia de Dios. Por eso, el llamado pastoral que surge de este capítulo es sencillo pero profundo: permitir que la Palabra de Dios examine nuestra fe. No se trata de preguntarnos únicamente si creemos en Cristo, sino si nuestra fe se expresa en una disposición sincera a obedecer todo lo que Él ha enseñado. Cuando el corazón adopta esta actitud, la fe deja de ser una idea abstracta y se convierte en una realidad viva que guía cada aspecto de la vida. Que cada lector, al reflexionar sobre estas cosas, busque al Señor con un espíritu humilde y dispuesto. Dios siempre recibe con gracia a quienes se acercan a Él con un corazón sincero. Y

cuando la fe se une a la obediencia, el creyente descubre la verdadera libertad y la vida nueva que Cristo ofrece a todos los que confían plenamente en Él.

Conclusiones generales

Al llegar al final de este estudio, resulta apropiado detenernos y considerar el conjunto de las enseñanzas que han sido examinadas a lo largo de estas páginas. El propósito de este libro no ha sido presentar una idea nueva ni promover una tradición particular, sino dirigir la atención del lector nuevamente a las Escrituras para observar con claridad la enseñanza del Nuevo Testamento y el modelo que encontramos en la iglesia apostólica. Desde los primeros capítulos hemos visto que el evangelio proclamado por los apóstoles no era simplemente una colección de doctrinas abstractas, sino un mensaje vivo que llamaba a los hombres y mujeres a una respuesta concreta delante de Dios. La predicación apostólica anunciaba la muerte, sepultura y resurrección de Jesucristo como el fundamento de la salvación, y al mismo tiempo invitaba a los oyentes a responder con fe, arrepentimiento y obediencia al mensaje del Señor. Al examinar los relatos del libro de los Hechos, observamos un patrón constante en la manera en que las personas respondían al evangelio. Cuando el mensaje era proclamado, aquellos que creían respondían con un corazón arrepentido y se sometían al mandato del Señor. Este patrón no aparece como una práctica aislada ni como una tradición cultural, sino como la forma normal en que los apóstoles guiaban a los creyentes a entrar en una relación nueva con Cristo. También hemos considerado el significado espiritual profundo de esta respuesta al evangelio. El Nuevo Testamento enseña que la salvación no consiste solamente en un cambio de ideas o en una afirmación verbal de fe, sino en una transformación real que afecta toda la vida del creyente. Cuando una persona responde al llamado de Dios con fe sincera, experimenta el comienzo de una vida nueva en Cristo, una vida marcada por el perdón, la renovación espiritual y el compromiso de caminar conforme a la voluntad de Dios. A lo largo del estudio también hemos observado cómo, con el paso del tiempo, surgieron diversas interpretaciones y prácticas dentro del mundo cristiano. Algunas de ellas han contribuido a enriquecer la comprensión de la fe, mientras que otras han introducido confusión acerca del modelo sencillo que encontramos en el Nuevo Testamento. Por esta razón resulta tan importante volver constantemente a las Escrituras, permitiendo que la Palabra de Dios sea la autoridad final para nuestra fe y nuestra práctica. Las Escrituras nos recuerdan que la verdadera fe siempre conduce a la obediencia. Creer en Cristo significa confiar en su palabra, reconocer su señorío y responder con una vida que refleje esa confianza. La fe que permanece solamente en el nivel intelectual o emocional nunca alcanza la plenitud de la respuesta que el evangelio demanda. La fe bíblica, por el contrario, transforma el corazón y produce una vida orientada hacia la voluntad de Dios. Por esta razón, el mensaje central que emerge de este estudio es una invitación a redescubrir la simplicidad y la profundidad del evangelio original. El llamado de Dios no ha cambiado con el paso de los siglos. Hoy, como en los días de los apóstoles, el Señor continúa invitando a los hombres y mujeres a acercarse a Él con fe sincera, a arrepentirse de sus pecados y a comenzar una nueva vida bajo el señorío de Jesucristo. El propósito final de estas páginas no es simplemente informar al lector, sino animarlo a examinar las Escrituras con un corazón abierto y dispuesto a obedecer la verdad que en ellas se revela. Cada persona que se acerca al evangelio debe enfrentar una decisión personal: aceptar el llamado de Dios y responder con fe obediente, o permanecer únicamente como oyente del mensaje sin permitir que transforme su vida. Que este estudio sirva como una invitación a buscar con sinceridad la voluntad de Dios revelada en su palabra. Cuando el creyente se acerca a las Escrituras con humildad y con el deseo de obedecer, descubre que el evangelio no es solamente un mensaje acerca de la salvación, sino el poder de Dios para transformar completamente la vida humana. Así, el evangelio continúa

siendo hoy la buena noticia que ofrece perdón, restauración y vida nueva a todos los que confían en Jesucristo y responden a su llamado con fe y obediencia. Que cada lector pueda experimentar personalmente esa gracia transformadora y caminar cada día en la verdad y la esperanza que se encuentran en el Señor.

Nota final

Al cerrar este libro, es importante recordar que las verdades que hemos considerado no son meramente conceptos teológicos destinados a enriquecer el conocimiento intelectual. La Palabra de Dios siempre tiene un propósito más profundo: alcanzar el corazón humano y conducirlo a una relación viva con el Señor. Por esta razón, el valor real de todo lo que se ha expuesto en estas páginas no se encuentra únicamente en comprender las enseñanzas bíblicas, sino en permitir que esas enseñanzas transformen nuestra vida. A lo largo de la historia, muchos han escuchado el mensaje del evangelio sin permitir que produzca un cambio verdadero en su corazón. Sin embargo, el evangelio fue dado precisamente para traer vida nueva. Cuando el mensaje de Cristo es recibido con fe sincera y con un corazón dispuesto a obedecer, la gracia de Dios comienza a obrar una transformación profunda en el interior del creyente. Lo que antes parecía imposible se vuelve realidad, porque el poder de Dios actúa en aquellos que confían plenamente en Él. El Señor no busca una fe superficial ni una religión basada solamente en palabras o costumbres externas. Él busca corazones que le amen sinceramente, que confíen en su palabra y que estén dispuestos a seguirle con humildad y fidelidad. La verdadera relación con Dios comienza cuando el ser humano deja de apoyarse en sus propias ideas y decide rendirse a la voluntad revelada en las Escrituras. Tal vez algunos lectores, al considerar estas enseñanzas, sientan que el Espíritu de Dios les llama a examinar su propia vida con mayor profundidad. Ese llamado no debe verse como una carga, sino como una invitación llena de gracia. Dios siempre recibe con misericordia a quienes se acercan a Él con un corazón sincero. Nunca es tarde para responder al evangelio con una fe genuina y comenzar una vida renovada bajo el señorío de Jesucristo. Por eso, al llegar al final de este libro, el llamado sigue siendo el mismo que resonó en la predicación apostólica desde los primeros días de la iglesia: volver al Señor con un corazón humilde, confiar plenamente en su gracia y caminar en obediencia a su palabra. Allí es donde se encuentra la verdadera paz, la verdadera libertad y la verdadera esperanza. Que estas páginas no queden simplemente como palabras leídas, sino como una invitación viva a buscar a Dios con sinceridad. Y que cada lector pueda descubrir personalmente la profundidad del amor de Cristo y la alegría de una vida transformada por la verdad del evangelio.

Bibliografía

La Biblia:Reina-Valera 1960. Sociedades Bíblicas Unidas.

Comentarios y estudios del Nuevo Testamento

F. F. Bruce. The Book of the Acts. Grand Rapids: Eerdmans.

John R. W. Stott. The Message of Acts. Downers Grove: InterVarsity Press.

Douglas J. Moo. The Epistle to the Romans. Grand Rapids: Eerdmans.

Craig S. Keener. Acts: An Exegetical Commentary. Grand Rapids: Baker Academic.

Thomas R. Schreiner. Romans. Grand Rapids: Baker Academic.

Teología bíblica y doctrinal

Wayne Grudem. Systematic Theology: An Introduction to Biblical Doctrine. Grand Rapids: Zondervan.

Millard J. Erickson. Christian Theology. Grand Rapids: Baker Academic.

Donald A. Carson. New Testament Theology. Grand Rapids: Zondervan.

George Eldon Ladd. A Theology of the New Testament. Grand Rapids: Eerdmans.

Historia de la iglesia

Justo L. González. Historia del cristianismo, Tomos 1–2. Miami: Editorial Unilit.

Eusebius of Caesarea. Historia eclesiástica.

Philip Schaff. History of the Christian Church. Grand Rapids: Eerdmans.

Estudios sobre el bautismo y la iglesia primitiva

Everett Ferguson. Baptism in the Early Church: History, Theology, and Liturgy in the First Five Centuries. Grand Rapids: Eerdmans.

George R. Beasley-Murray. Baptism in the New Testament. Grand Rapids: Eerdmans.

Oscar Cullmann. Baptism in the New Testament. Philadelphia: Westminster Press.

Sobre el autor

El autor de este libro es un creyente comprometido con el estudio de las Sagradas Escrituras y con el deseo de comprender con fidelidad la enseñanza del Nuevo Testamento. A lo largo de su camino de fe ha dedicado tiempo al examen cuidadoso de la Biblia, procurando que la Palabra de Dios sea siempre la autoridad principal para la fe y la práctica cristiana. Su interés al escribir esta obra nace del deseo de invitar a los lectores a volver a las fuentes bíblicas y a considerar con seriedad el mensaje del evangelio tal como fue proclamado por los apóstoles en la iglesia primitiva. En un contexto donde existen muchas interpretaciones y tradiciones religiosas, el autor busca dirigir la atención nuevamente a las Escrituras para descubrir la sencillez y profundidad del modelo que encontramos en el Nuevo Testamento. Más que presentar una perspectiva personal, el propósito de este libro es animar a cada lector a examinar la Biblia con un corazón abierto y dispuesto a obedecer la verdad revelada en ella. El autor cree firmemente que cuando los creyentes se acercan a la Palabra de Dios con humildad y sinceridad, pueden encontrar dirección, renovación espiritual y una comprensión más profunda del evangelio de Jesucristo. Esta obra ha sido escrita con un enfoque pastoral y bíblico, con la esperanza de que sirva como una herramienta de reflexión para todos aquellos que desean fortalecer su fe y caminar más cerca del Señor. El anhelo del autor es que cada lector sea motivado a estudiar las Escrituras con mayor diligencia y a responder al evangelio con una fe sincera que se exprese en obediencia a Dios. El autor continúa dedicado al estudio de la Biblia y al crecimiento espiritual, confiando en que la verdad del evangelio sigue teniendo el poder de transformar vidas y de guiar a las personas hacia una relación auténtica con Jesucristo.